

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL

ÍNDICE

El remedio del amor

Al otoño de 1833

El mundo nuevo

Hacer negocios

El amor de una reina

Antigüedades

Poesía

A Jesús crucificado

Recuerdos históricos

El castillo de Marcill

Telégrafos españoles

Leyendas nacionales

La muerte de César Borjia

El remedio del amor

En el fondo de un dilatado valle de Navarra, coronado de altas y escarpadas rocas que asoman su frente entre bosques de antiguas encinas y copudas hayas, al margen del Ega cristalino y caudaloso que atraviesa serpenteando, como un inmenso dragón de plateadas escamas, elévase una quinta, cuyas paredes, ceñidas de amorosa yedra y de lozana y retorcida parra, se miran retratadas en las puras olas del río, que besan respetuosamente sus carcomidas plantas. Era su dueño una señora de sin par hermosura que huyendo del excesivo calor de la corte de España, y deseando conocer este país famoso, que acababa de ser teatro de la guerra civil, vino por vez primera a visitar las posesiones que en él tenía, a principios de junio del año próximo pasado. Doña Ángela, que así se llamaba, era de mediana edad, de graciosas facciones, y talle gentil: su carácter franco, alegre, bullicioso; y sus costumbres irreprochables, si la naturaleza no la hubiese hecho mujer. Su estado no pudiera decir ella misma cuál fuese: casada por poderes sin conocer a su esposo, que era un rico comerciante americano, llamado D. Juan de Sevilla, y separada de él había diez años, al mes de haberle conocido, por no poder sufrir su genio sobradamente celoso y adusta condición, ignoraba en tanto tiempo qué suerte le habría cabido, no sin algún remordimiento, no sin resentirse su amor propio de que el hombre a quien tan enamorado creía, cuando en un momento de despecho se ausentó de su lado, la hubiese olvidado tan absolutamente.

La quinta y demás posesiones de Doña Ángela estaban perfectamente conservadas y cultivadas, aun después de siete años de guerra desoladora, y los honrados arrendatarios la dieron cuentas las más exactas del largo tiempo en que habían estado incomunicados. Todo era paz y dulzura, donde antes moraban la guerra y la desolación: en vez de retumbar el estampido de los cañones, ora resonaban los golpes de la azada y del hacha del leñador, y los apacibles cánticos de los pastores: hasta los numerosos huéspedes cortesanos que a fuer de curiosos admiradores invadieron aquellas comarcas, parece que se purificaron del contagio de las ciudades antes de penetrar en tan venturoso recinto, que el soplo de la discordia no había podido contaminar.

Para que nada faltase a la dicha de la hermosa madrileña, el cielo le proporcionó una amiga en Laura, sobrina del abad de uno de aquellos pueblecitos, educada con esmero por una madre que acababa de perder, y dirigida últimamente por los consejos de su anciano y virtuoso tío. Su rostro cubierto de una dulce palidez, sus negros y rasgados ojos que rebosaban un fuego celestial, sus encendidos labios entreabiertos mil veces con tierna melancolía, su afición a la soledad, y a la meditación; todo indicaba una alma poseída de una pasión que absorbía todos los instantes de su vida. En efecto: dotada de una sensibilidad exquisita, de una imaginación poética, apenas conoció en San Sebastián, donde residía antes de morir su madre, a un joven que hizo morada algún tiempo en esta ciudad, cuando se encendió en su pecho la llama del amor que más tarde debía consumirla: el alma ardiente e impetuosa del mancebo simpatizó sobradamente con la suya; pero la conducta extraña e irregular de aquel, inspiró tal desconfianza a su recelosa madre, que al exhalar el último suspiro mandó a su hija retirarse al escondido valle donde su tío la serviría de padre, y olvidar un amor que debía hacerla desgraciada. Lo primero fue cumplido religiosamente; lo segundo... ¡ay!, era imposible.

Una tarde del mes de agosto, en que un fresco cefirillo mitigaba el ardor del sol cercano al horizonte, las dos amigas dulcemente enlazadas con sus brazos, vestida la una de blanco y coronada de menudas florecillas como la aurora de primavera, y cubierta la otra de negro luto, que tanto realizaba su palidez, paseaban a la orilla del río, que poblada de álamos y pomposos sauces, les ofrecía fresca sombra. El sol lanzaba rayos de fuego sobre su tumba, y flotaba con esplendor en la púrpura y el oro, reflejando con brillantez estos colores en las dormidas olas del Ega. Los montes del oriente parecían cubiertos de una niebla violada, y los bosques del ocaso se asemejaban a una verde esmeralda: los pueblecillos de este lado se teñían de un dorado magnífico, y los que a la sombra estaban cobijados se confundían tras de un hermoso claro-oscuro.

Embebecida Laura en su habitual melancolía, guardaba el más profundo silencio: la hora convidaba a extasiarse en tristes contemplaciones; pero no eran las delicias de la naturaleza las que le hacían enmudecer. Doña Ángela distraída con el murmullo del río y de los árboles y con las flores que tronchaba con sus delicados pies, no parecía dispuesta a interrumpir los trasportes de su joven amiga; cuando de repente alza esta los ojos, y ve a lo lejos un caballero que lentamente bajaba una colina montado en un soberbio caballo.

La sobrina del abad creyó distinguir a su idolatrado amante, y se estremeció: su corazón latía con tal fuerza, que Doña Ángela no pudo menos de advertirlo. Su andar era más apresurado; sus ojos estaban fijos en el peregrino, como los del águila sobre su presa; sus latidos eran cada vez más violentos.

-¡Él es! ¡Él es!, dijo por fin, abrazando convulsivamente a su amiga, al verle salir del bosque cercano. Laura se desprende de ellos súbitamente, y corre desalada a los de su amante, que al verla se tiró de su caballo.

-¡Laura!, la dijo con un acento conmovido, reprimiendo un sollozo en su rostro varonil. ¡Al fin te vuelvo a ver!

-¡Enrique!, contestó la doncella con voz profunda, como si saliese del centro de la tierra. ¡Enrique!... y nada más pudo añadir.

Doña Ángela contemplaba serena este cuadro, procurando adivinar por el traje y acciones del caballero a qué categoría perteneciese. Su semblante no la era absolutamente desconocido; aunque no recordaba en dónde le hubiese visto.

Mientras tanto los dos amantes se prodigaban las más tiernas caricias, la virtuosa Laura había vuelto a recobrar su dignidad de mujer un momento olvidada en los primeros arrebatos de la pasión, y Enrique estaba tan embelesado, que ni siquiera reparó en Doña Ángela cuando se acercaron a ella: esta lo hubiera calificado de imperdonable grosería, a no advertir la ardiente mirada del amante, ciego absolutamente para todo lo que no fuese su querida.

El criado de D. Enrique llevaba de las riendas el caballo de su amo.

-¡Picarilla!, dijo Doña Ángela a la joven que rebosaba un júbilo celestial. Vamos, que tu conquista no es tan despreciable para haberla tenido tan oculta.

La sobrina del abad no respondió más que con una ligera sonrisa: apenas era dueña entonces de poder hacer más demostraciones, a quien no fuese su idolatrado Enrique; pero este, desconcertado por aquella voz, no pudo reprimir un movimiento convulsivo, y exclamar aterrado:

-¡Señora!

Las dos amigas atribuyeron esta impresión a la sorpresa que le había causado el hallarse con una nueva persona, cuando en su enajenamiento creía que nadie les acompañaba. Por eso dijo la más joven no sin algún rubor y confusión.

-Vas tan aturdido, Enrique, que ni siquiera has visto a esta señora. Y observando que D. Enrique no la hacía cumplido ni saludo alguno, añadió:

-Es una amiga mía que acaba de venir de la corte: nuestras relaciones son de pocos meses; pero según las raíces que han echado en nuestro corazón parecen de muchos años.

Enrique tampoco respondió.

Si la noche que iba afortunadamente cerrando no ocultara las contracciones de su semblante, su mortal palidez y el erizamiento de sus cabellos, las señoras se hubieran asustado.

Vuelto por fin un poco de su turbación pudo tartamudear algunas palabras, haciendo una leve inclinación de cabeza, de las que la maligna señora se reía para sus adentros, y pensaba comentar en su tertulia.

Poco tiempo después Laura se retiró a su casa, y Don Enrique pudo excusarse de admitir los ofrecimientos de Doña Ángela que le importunaba con la suya, y se hospedó en la de un honrado labrador con quien tenía algunas relaciones.

Ninguno de nuestros tres personajes pudo disfrutar aquella noche un sueño tranquilo y blando: el de Laura fue arrebatado por el amor; turbado el de Doña Ángela por la curiosidad e imperceptibles sobresaltos, y usurpado el del caballero por todo linaje de tormentos. Así al menos debió suceder; porque al abandonar el lecho del dolor advirtieron con espanto los de casa su rostro pálido, hundidos los ojos, y erizado su cabello: saludanle y no responde, le preguntan y solloza; le compadecen y lanza miradas de furor. Sale por fin del techo hospitalario, y se dirige -¿a dónde?-. Ni él mismo lo sabe. Sus primeros pasos parecían encaminarse a la casa del abad; pero se tuercen maquinalmente hacia la quinta. La vista del río, ancho y profundo, le despierta un sombrío pensamiento, porque sus labios se contraen sonriendo amargamente, y murmura diciendo:

-¡Es preciso verla! Y aparta sus ojos de las olas dirigiéndolas una rápida ojeada, como la última del avaro a su tesoro.

Encontró, por fin, D. Enrique a la dueña de la quinta, tomando chocolate en un elegante cenador del jardín, y no pudo menos de sorprenderse la buena señora al verle tan desaliñado en sus vestidos y tan desfigurado en su semblante: con la mayor cortesía le ofreció el desayuno, y le mandó sentar; ambas cosas rehusó el caballero bruscamente.

-Pero ¡qué tiene V., añadió!, ¿es V. el mismo que vi ayer tarde en los brazos de mi amiga?

Don Enrique tembló; y lanzando un profundo suspiro, respondió con abatimiento.

-No, señora, no soy el mismo: porque no soy el amante de Laura.

Estas últimas palabras le costaron un penoso esfuerzo.

-Caballero, dijo la señora, como picada ya de curiosidad; desde anoche pude entrever algún misterio en su conducta de V., y hoy se confirman mis sospechas. No he podido menos de pensar después que nos separamos...

-¿Será posible que V. haya pensado en mí esta noche pasada?, la interrumpió con viveza y conmoción.

Doña Ángela hubo de sorprenderse, tanto del tono de voz del caballero, como de sus palabras.

-Señor Don Enrique, le contestó, aunque esta sea la segunda vez que tengo el honor de hablar a V. en toda mi vida, me atrevo a decirle que no hay motivo alguno para admirarse

de que una persona recuerde a la noche lo que le ha sucedido o visto durante el día; mayormente cuando esto sale de la esfera común y regular.

Don Enrique la contestó, mirándola con ojos indagadores.

-Señora, he tenido la desgracia o la fortuna de ver a V. en Madrid repetidas veces; y la fortuna o desgracia mayor todavía de apasionarme de V. con el delirio y ceguedad...

Una carcajada que no pudo reprimir la burlona señora, dejó cortado al desventurado joven; y tratando aquella de soldar este brusco rompimiento, le dijo retozándola la risa en sus hermosos labios.

-He debido conocer desde un principio que su condición de V., amiga de bromas, simpatiza con la mía.

-Señora, contestó D. Juan casi vertiendo lágrimas de fuego, cuando un hombre como yo, después de haber pasado una noche que sólo pueden envidiar los réprobos; después de andar luchando y reluchando con una pasión que me sigue a todas partes como las sombras al asesino; que me rebosa del corazón, y me despedaza; cuando un hombre en el estado más miserable y profundamente conmovido, dice a una mujer: «Yo te amo», creo que no es la risa, no es el desprecio el que debe responderle.

-Me parece, D. Enrique, que no ha despertado V. todavía: supone que habla delante de Laura, la sobrina del abad, y soy yo Doña Ángela de...

-No sueño, no, ¡ojalá soñara!, ¡ojalá que estos momentos amargos y crueles me dejaran tan sólo un recuerdo pasajero al despertar! Conozco que mi conducta es bastante extraña para que no disculpe suficientemente ese aire jovial con que V. rechaza mis palabras de lava ardiendo: conozco que del hombre de ayer tarde que pudo por un momento ahogar su primer amor con las caricias de otro, al hombre que hoy desdeñando estas, se halla en vuestra presencia esperando la vida o la muerte, hay una semejanza que lo hace desconocer. Señora, yo he amado a V. desde hace mucho tiempo, y muy desde los principios desespere de mi felicidad: he tratado de combatir de todas maneras esta malhadada pasión, y una de ellas ha sido queriendo encender otra nueva. Me dirá V. que he hecho una víctima, que he despedazado un corazón bárbaramente; ¡mis remordimientos me lo repiten incesantemente de una manera más espantosa! He hablado a Laura como un enfermo en el delirio de la fiebre; la he escuchado como el hombre embebido en profundas reflexiones escucha un cántico apacible y armonioso; como el desesperado el murmullo de las olas en que va sepultarse. Hubo un día, lo confieso, en que di un paso en la carrera del olvido; pero ayer torné, señora, a mi senda acostumbrada, para no descaminarme jamás.

-Pues vamos, contestó Doña Ángela con cierta ironía; una vez aprendido el camino es muy fácil volverle a encontrar: V., no lo dudo, hará más progresos en él; y el tiempo, la ausencia, y sobre todo, esa práctica de galanteos y esa facilidad de jugar con el corazón de unas muchachas sencillas e inexpertas borrarán para siempre de su alma la memoria de una señora casada, que siempre será fiel a la de su esposo.

Dicho esto, se levantó Doña Ángela en ademán de retirarse.

-¡Ángela!, contestó D. Enrique, no pudiendo reprimir un movimiento de alegría; y luego añadió con abatimiento: ¿Y sabe V. si existe ese desventurado?

-¿Mi esposo?

-Don Juan de Sevilla.

La señora quedó desconcertada. En aquel momento conoció de lleno cuán culpable era su indiferencia, y cuán poco delicada su conducta. Se ruborizó al verse advertida por un extraño; derramó una lágrima que resbalando por sus mejillas fue a caer en la frente de su esposo, el fingido Don Enrique, que arrodillado delante de ella, la cogió una mano que besaba regándola con abundoso llanto; y sollozaba profundamente cuando quería hablar.

Era, en efecto, D. Juan de Sevilla, diez años ha separado de su esposa; vagabundo, errante, luchando con su intenso y fatal amor, y esforzándose por desarraigarlo con otro nuevo. Era un torrente que desviado por su impetuosidad de su curso acostumbrado, se detiene en un profundo valle, y lo tala e inunda, y torna luego al cauce desamparado: era un ciervo acosado de la suelta trailla de hambrientos canes, que para libertarse de sus agudos dientes penetra en el bosque enmarañado, y desgaja sin piedad las tiernas y floridas ramas en su veloz carrera. Tronchó, sí, desapiadado aquella flor solitaria, con toda la frescura de su belleza, con todos los perfumes de su inocencia, con toda la lozanía de su juventud, sin tener ni aun el triste consuelo de que el sacrificio de la inmaculada víctima aplacase la volcánica pasión que le consumía.

Don Juan hubiera hecho a su conturbada esposa la declaración de su misteriosa existencia, si en aquel momento no se oyeran pisadas y el rumor del ramaje removido por algunas personas que al cenador venían. Doña Ángela le ayudó a levantar del suelo: serenándose ambos del mejor modo posible, al tiempo en que varios jóvenes llegaron a visita a su amable posesora que los recibió con la alegría acostumbrada.

Don Juan se separó de aquella bulliciosa concurrencia después de haber entregado a su esposa unas líneas que en un momento favorable pudo escribir en una hoja de su libro de memorias.

Algo más sereno, no pudo excusarse de hacer una visita a su engañada Laura, que temblando de amor y de impaciencia le esperaba de pechos en el balcón de su casa.

Ajena la infeliz de la tempestad que iba a estallar sobre su incauta frente, quedó tan pagada y contenta porque su amado Enrique colocó en su pecho, exhalando un profundo suspiro, una rosa que sus delicadas manos habían cortado para él aquella mañana.

Era la noche. La luna, suspendida en medio del azulado firmamento, circundada de una aureola misteriosa suavemente desvanecida, oscurecía a las estrellas cercanas, que la seguían en cortejo reverente. Cortado el valle con duras y atezadas sombras, hacía resaltar más vivamente la plateada luz del astro de la noche, que reflejaban las tersas y peladas rocas y las dormidas olas del anchuroso río: no se sentía más ruido que el sordo susurro de los árboles y el chasquido de las olas, semejante al crujido de un beso maternal. Era una de aquellas noches de verano cuya deliciosa frescura nos detiene irresistiblemente en la contemplación, y nos hace enojoso el lecho regalado.

En el extremo oriental de la quinta de Doña Ángela, bañado por el Ega, hay un mirador a la flor del agua en el que estaban recostadas nuestras amigas, abismadas al parecer en profundas cavilaciones. La más joven levantó la cabeza que tenía reclinada sobre su pecho, y dijo con voz melancólica, después de haber lanzado un profundo suspiro:

-Señora, no puedo menos de vaticinar muy mal de todo lo que me pasa. ¡No verme sino una sola vez! ¡No venir aquí, donde sabe que pudiera encontrarme!

-Tal vez no sea tarde para acudir a la cita que ha pedido.

-¡Pedir! ¿A quién? Aseguro a V. que ni una sola palabra me ha dicho... ¡Una cita!... ¡y lo digo con rubor, yo soy quien le ha insinuado que aquí nos solemos reunir todas las noches!...

-¿He dicho yo acaso que sea de ti, de quien la haya demandado?

-¿De quién, pues?, preguntó Laura con inquietud.

-De mí, contestó Doña Ángela tranquilamente, poniendo un billete en manos de su amiga...

Laura leyó estas palabras a la luz de la luna: «Tengo que hacer a V. importantes declaraciones, y la espero a las diez de la noche en el jardín. ¡Ángela no olvide V. que de sus labios pende mi vida!».

-¡Pero, aquí no hay firma ninguna!, exclamó con sobresalto.

-Es de Enrique.

-¡Imposible!

-¿Dudas de mi veracidad, amiga mía? Yo te lo perdono, porque eres muy digna de compasión. El amante que tan cortos instantes te ha consagrado en este día, ha pasado conmigo horas enteras, y no han debido parecerle suficientes todavía...

-Y qué, señora, ¿quiere V. hacerme sospechar de mi Enrique? ¿Decirme que es V. mi rival? ¿Probarme que me ha robado su cariño? Laura miraba desdeñosamente a su amiga; pero abatida por este penoso esfuerzo se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

-¡No es mi amiga la que así me habla!... Es la amante de ese Enrique, de ese Enrique que debes olvidar para siempre.

-¡Madre mía, madre mía! Lo mismo me decía mi madre, dijo Laura sollozando.

Doña Ángela se sentó junto a ella, la cogió una mano con ternura, y la dijo en acento compasivo:

-Escúchame, hija mía, y por Dios te ruego que prepares tu ánimo para todo cuanto pueda sobrevenirte. Laura, tú eres joven, pura, llena todavía de estas dulces creencias, que son los primeros encantos de la vida; brillantes y cándidas ilusiones que embriagan tu

corazón, hasta que desaparecen después de mil pruebas que nos desengañan de lo que son los hombres, sus palabras de amor, sus repetidos juramentos. Esta lección es comúnmente dura, larga y costosa. Marchita nuestros más floridos años, la parte más bella de nuestra existencia. Y cuando ya tenemos conocimiento de las cosas, según son en la realidad, cuando la desgracia nos revela las amargas verdades de la sociedad humana, estamos tan exhaustos, que no tenemos aliento ni resolución para oponer una indiferencia burlona a las peligrosas abstracciones de los afectos, a quienes todo lo hemos sacrificado. Antes de conseguir este caudal de desengaños, que pueden únicamente sosegar a las almas ardientes como la tuya, es necesario sufrir muchísimo, hija mía, derramar abundantes lágrimas, tener continuos choques y caídas en esta florida senda que hollamos seducidos. Pues bien; yo quiero, amiga mía, ahorrarte este cruel noviciado; quiero infundirte mi saber y mi experiencia, eximiéndote con una sola prueba de todas las que amenazan a tu inocencia: quiero, en fin, darte un remedio para curar tu amor.

-Señora, ¿qué quieren decir esas horribles palabras? ¡Por piedad!...

En este momento sonaron las diez en el reloj de la iglesia principal de la comarca: la vibración sonora se oía mucho después de concluida la última campanada, y fue perdiéndose insensiblemente, como las impresiones del amor se desvanecen con el tiempo.

-¡Pobre niña!, dijo Doña Ángela, arrastrándola fuera del mirador hasta un banco de céspedes inmediato, escondido entre rosales: D. Enrique debe acudir a la cita: mis criadas le dirán que estoy yo sola, y le conducirán hasta el mirador. Eres muy hermosa, angelical, digna de ser amada por un serafín; pero Enrique es hombre... ¡y no el mejor de los hombres! Su corazón está desgastado; hoy me ha dicho que me ama; porque sin duda se ha cansado de ti, y no ha podido menos de horrorizarme la traición que comete con mi mejor amiga.

-¡Imposible, imposible!, exclamó Laura retorciéndose las manos.

-Te convencerás por ti misma. Supongo que imaginarás el crédito que he dado a sus palabras: me he convencido, sí, de que ha llegado a tomar el amor por un pasatiempo; de que es un hombre de mundo, que sabe representar perfectamente cualquier papel que le convenga; incapaz de una verdadera pasión, por la costumbre de desperdiciar su fuego malamente. ¡Joven incauta! Sus falaces y dulces palabras, sus seductores requiebros te han llegado al corazón: ¡tu alma sencilla, pura, fue arrebatada milagrosamente en un momento de delirio! ¡Laura, Laura!, el corazón de este hombre no puede ser ya joven; no podrá darte el amor que rebosa tu alma inmaculada. Es menester renunciar esta pasión, querida mía. El amor propio es el mejor correctivo del amor. Quédate aquí: oirás sus declaraciones, sus juramentos: te indignarás, sufrirás cruelmente; pero sanarás para siempre...

-¡Con que ama a V.!, dijo Laura con desesperación.

-Lo mismo que a ti, lo mismo que a las demás, supongo.

-Pero V. le ama... porque...

-Porque acudo a esta cita. ¿No es verdad? No discurren bien. ¡Cuitada!, el dolor extravía tu razón. ¡Amar a un hombre que ayer vi delirante en tus brazos, y hoy postrado a mis pies! Si yo le quisiese formalmente, ¿crees que había de serme agradable tenerte presente a mi entrevista? Además ¿no te he dicho que estoy casada? ¿Piensas tú que, aunque separada diez años de mi marido, no he sabido guardarle fidelidad? Pero, silencio: las hojas de los árboles se mueven. Yo subo al mirador. Cuando lo tengas por conveniente preséntate a donde nosotros estamos: te permito esta pequeña venganza. Ánimo, querida, hasta después.

Laura sonrió amargamente con el corazón traspasado.

Y esbelta y ligera subió Doña Ángela al mirador, creyendo de buena fe que su amiga quedaría curada de su intensa pasión.

Pocos instantes después llegó su esposo.

-¡Señora!, dijo con los brazos cruzados levantando los ojos al cielo y con acento apasionado: ¡y ha tenido V. la bondad de haber venido!

-Confiese V. que no me esperaba.

-Entonces más cerca tendría término mi viaje, dijo mirando al río.

-Permítame V. decirle que presume demasiado.

-Siempre ese tono, ¡siempre esa burla que me mata!

-Muy en peligro tiene V. su vida si todas sus queridas de V. pueden abusar de sus terribles facultades tan fácilmente.

-¡Doña Ángela, por compasión!, por compasión, óigame V. con formalidad. Su amor de V. es tan necesario para mi existencia como el aire que respiro...

En este momento sonaron las hojas de los rosales cercanos. D. Juan, cuya conciencia no estaba tranquila, no pudo menos de estremecerse, y poniendo el oído atento hacia aquel lado, dijo:

-¿Nos espían? ¿Qué es esto?

Se levantó para ir a ver; pero la señora le detuvo diciéndole que permaneciese tranquilo y bajó ella misma. Volvió al punto, y le aseguró que estaban absolutamente solos. Había visto los ojos de Laura brillar en la oscuridad con un fuego sobrenatural.

-Escúcheme V., continuó D. Juan: tal vez le parece a V. extraordinario lo que ha pasado desde ayer tarde; pero todavía es más extraordinaria mi situación. Yo, nada nuevo puedo decir a V.; nada, sino repetirla cada vez con más convicción de que sin V. no puedo vivir...

-¿Por un cuarto de hora?

-¡Por siempre!

-¡Por siempre! ¡Ba!, ¡ba! Lo mismo ha dicho V. a dos docenas, y por cierto que está V. vivo y sano.

-¡Siempre la misma!, dijo una voz sombría, que no dejó de hacer impresión en la frívola mujer.

-Caballero, repuso esta con alguna más gravedad, he dicho ya que aun careciendo de los antecedentes que tan poco recomiendan a V. para captarse el amor de una joven de delicadeza, tengo un esposo a quien debo respetar...

-¿Y ama V. por ventura a su marido?, la interrumpió Don Juan vivamente.

-¿Y tiene V. algún derecho para hacerme esa pregunta?

-Perdón, amada mía, perdón. El dolor me enajena, me precipita. Améme V. a mí, y no deje V. de amar al...

-V. podrá tal vez tener esa facultad de amar a dos personas a un tiempo; a Laura, por ejemplo, y a mí; pero yo hasta ahora no he aprendido a amar sino a una.

Don Juan interpretó el sentido de estas palabras como un efecto de celos, y un poco más animado exclamó poniéndose de rodillas delante de ella:

-¡No! Yo amo a V. únicamente, la he amado toda mi vida, y la seguiré a V. amando hasta la muerte. No califique V. con el noble título de amor un arrebató, una pasión que quería introducir en el alma a despecho del corazón, como enfermo que toma una medicina acerba y desabrida. ¡Oh! ¡Déjese V. amar con este fuego que me consume! ¡Déjese V. embriagar con estos deleites que salen a borbotones por todos mis sentidos! ¡Angelita! ¡Ángel mío! Olvidemos lo pasado, y vivamos para lo presente y para el porvenir. Lo presente es la alegría y el amor... ¡soy yo arrodillado a los pies de mi Ángela!, inundándola de adoración, que quisiera arrebatar el fuego celestial para animar a V., fría y desdeñosa señora, como Pigmaleón animó su estatua.

-¿Y si Laura escuchase a V. por una casualidad?

-¿Por qué me habla V. de Laura?, respondió ligeramente desconcertado: todo cuanto V. me diga de esa infeliz me lo dice mi conciencia, la he sacrificado; pero no puedo amarla mientras V. exista.

-¿Pues cómo, pérfido, ha podido V. decírselo con tanto fuego? V. debió considerar, añadió con entusiasmo, ¡que tiene esa niña un alma sublime bajo la frágil corteza de mujer!

Don Juan se persuadió cada vez más de que Doña Ángela tenía celos; por lo cual, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

-Esto lo he reputado siempre por una niñería: ni hay tampoco el peligro que V. supone en desengañar a esta joven... me lisonjeo de que muy en breve ni se acordará de mí como yo no me acuerdo de ella. Por lo demás, juro que la pasión que V. me inspira absorbe todas las demás. El mismo caso haré de ella que de esta rosa que me dio esta mañana, añadió

D. Juan deshojándola... -Mire V.; mire cómo las hojas que he arrojado se las lleva el río con rapidez.

-Como sus palabras de V....

Entonces se oyó un ruido fuerte al pie del mirador.

-Pero, señora, aquí hay alguno: dijo D. Juan indicando el sitio de donde había salido el estrépito: las hojas se han movido, y por cierto que no sopla el menor viento.

Doña Ángela fue otra vez a observar, y vio a Laura, pálida como la muerte, petrificada, con los ojos inmóviles sin derramar una sola lágrima. Su amiga tembló involuntariamente, y tornó al lado de su esposo, diciéndole con voz alterada que nada había.

Don Juan se imaginó que la conmoción que indicaba el semblante de Doña Ángela nacía del temor y del deseo, e iba a apretarla contra su corazón, cuando ella exclamó:

-Deténgase V.: he dicho que sólo mi esposo tiene derecho a mi corazón.

Entonces D. Juan arrebatado de un gozo inefable, vertiendo lágrimas de ternura, se echó precipitadamente en sus brazos, diciéndola entre sollozos.

-Y qué: ¿no me conoces? ¿No me conoces, Ángela mía? ¿Es posible que diez años de tormentos que he pasado lejos de ti, me hayan desfigurado de tal manera?

-Pues qué ¡Dios mío! ¿Quién eres?

-¡Ángela, Ángela de mi vida!...

-¡Dios mío!, dime pronto... ¡Oh! no lo digas. ¡Qué hemos hecho!

-¡Sí, yo soy tu esposo! ¿Quieres ahora que renuncie a tu corazón, bella y divina criatura; me dirás ahora que me marche cuando he sorprendido el secreto de que me amabas? Cuando me revelas en la conmoción que te turba el más sublime éxtasis del alma, ¿serás capaz de comprender que podemos separarnos en este momento de amor y de delicias? ¡Ah! ¡No lo creo!

¡Esposa mía! Aquí me tienes; aquí está el hombre que te parecía indómito e insoportable; aquí lo tienes humilde y esclavo tuyo hasta la muerte.

En este mismo instante se oyó un ruido extraño semejante a un ronquido sordo que salía de entre los rosales.

-Don Juan, D. Juan, exclamó su esposa horrorizada, ahora te digo que alguno nos escucha.

Y se desprendió de los brazos de su esposo, corriendo a donde estaba Laura, y poco después se oyó un grito horrible que decía:

-¡Está muerta!

-¿Quién?, preguntó D. Juan con terror.

-¡Laura, Laura! Ambos somos culpables de su desgracia. ¡Bárbaro!, ¡tú la has engañado, y yo imprudente, la hice ver de un golpe tu perfidia!

-¡Dios mío, Dios mío!, ¡no hay perdón para mí!... ¡Oh!, soy un monstruo... Mira... tal vez sea un desmayo...

-¡Aquí está!, respondió la desventurada esposa, cayendo de rodillas cerca del cadáver inanimado de Laura.

Los dos enmudecieron de pasmo y de dolor.

Don Juan hizo un movimiento para acercarse al balcón que daba al río con un semblante despavorido y con unos ojos de réprobo, y su esposa se arrojó a sus pies abrazándole por las rodillas. Al poco tiempo lo llevó medio arrastrando a las habitaciones de la quinta.

Dieron las doce: la noche seguía tranquila y pura; los sauces y álamos se mecían blandamente. No se oía más que el canto del ruiseñor y los últimos suspiros de la campana: el rocío cubría de efímeras perlas el cadáver de Laura: al día siguiente al encontrarla los hortelanos creyeron que la tierna virgen se había dormido sobre la yerba, y que débil y enfermiza el fresco de la noche la había traspasado, contribuyendo también a extinguir su calor vital los húmedos vapores del río cercano.

Los esposos viven hoy juntos: la sombra de Laura les acompaña a todas partes.

Al otoño de 1833

No conducía Febo el carro de oro
del vago firmamento por la cumbre;
ni piélagos de lumbre,
ofuscando, cubrían su tesoro.
Al fresco y blando arrullo
de las auras vivíficas de otoño,
la rosa erguía el lánguido capullo,
y el árbol agostado su retoño.

Desbordaba soberbio el arroyuelo,
con benéfica lluvia enriquecido,
robando al fértil suelo el fruto desparcido,
al beso de los céfiros caído.

Y bajo este dosel rico y lozano
de temblorosos pámpanos, tendido
un pueblo agricultor, miraba ufano
cubierto el ancho suelo de tributos
que natura prodiga,

coronando el sudor y la fatiga
con fresco encantador, y opimos frutos.

Con algaraza báquica llenando
de vino la honda taza,
que dócil yedra en derredor abraza,
y al vértigo del júbilo entregando
el ánimo sediento,
con inspirado acento:
« ¡Ven, otoño suavísimo!» decía;
Y otoño apareció; -no cual solía,
sentado en un tonel, y conducido
en carroza esplendente
por abundancia, el rostro enardecido,
suelto el manto de púrpura, cercada
de racimos y pámpanos la frente...
¡ay, no! Cien y cien truenos
su llegada anunciaron;
los valles retemblaron;
los cielos, de terror y espanto llenos,
de lóbregas tinieblas se velaron.

¡Yo lo vi, yo lo vi! torvo y sañudo,
tinta en sangre la mano, que blandía,
en vez de tirso, espantador acero;
y la frente sombría
de vívoras ceñida, y odio fiero.

¡Guerra, guerra! clamó con voz tronante;
y retumbaron *¡guerra!* los collados,
al estrépito horrendo conturbados:
¡guerra! gritó Pirene vacilante:
El Ebro turbulento,
cubriendo su cristal de nieve fría,
¡guerra! en sus hondas grutas repetía.

Al bélico alarido,
escondiendo la faz entre las manos,
España dio un gemido,
gritando con horror: *guerra entre hermanos.*

¿Cuál crimen cometieron
los espantados pueblos sin ventura
para tanto rigor? Otoño impío,
¿por qué llenaste el cauce de amargura,
de llanto y de miseria,

tú, balsámica fuente para Iberia?

¿Viste acaso de pomas y verdura,
y de néctares mil tu ara desierta?
¿O solo de embriaguez en la locura
abriste a la Discordia el ancha puerta?

¡Ay! ¡y cuántas congojas
en pos de ella han venido!
¡cuánto luto y gemido!
Entonces ¡oh dolor! de mustias hojas
los campos doloridos se vistieron;
y agobiadas se vieron
sobre la helada nieve
con hinchados racimos secas vides;
otoño, otoño aleve
la mano arrebató vendimiadora
al sacrílego campo de las lides.
Y aquella pura mano, acostumbrada
a cortar seca mies, negros racimos,
¡ay!, con horror la vimos
el acero vibrar ensangrentada.
¡El acero feroz y exterminante,
que derribó con bárbara pujanza
de una madre el orgullo y la esperanza,
la cándida ilusión de fino amante!

¡Hijas del Ebro, aún siento
vuestro agudo y fatídico lamento!
¿Dónde corréis frenéticas? adonde,
cual trémulas bacantes,
con ojos centellantes
y revuelto el cabello destrenzado
por el pecho agitado?
¡Hijo, Esposo! clamáis con grito agudo,
las viñas solitarias,
ricas por vuestro mal atravesando...
¡y hasta el eco está mudo!
¡Hijo, Esposo! las voces esforzando;
calláis, en escuchar absorta el alma,
y del otoño siéntese en la calma
el bronce pavoroso retumbando.

¡Cuánto abrumaba al labrador guerrero
el arma fratricida! ¡Cuál gemía,
cuando inquieto veía

sus vides regaladas
de fieras inhumanas ser despojos,
ante sus mismos ojos!
Ahuyentarlas pretende el infelice,
olvidando el rigor de armada fila;
y una severa voz: *atrás*, le dice;
y torna atrás con llanto en la pupila.

¡Otoño, otoño, y cuanto me estremece
tu nombre aborrecido,
tan grato en otro tiempo, tan querido!

¿Dónde van, dónde los tranquilos años
de venturosa unión? ¿Dónde el otoño
que raudales de júbilo brotaba,
y cual vino aromático la prensa,
en torno la abundancia rebosaba?

En este ameno y silencioso valle,
al ronco son del rápido arroyuelo,
que corre entre sombría y larga calle
de árboles agobiados
al peso de los frutos apiñados;
de céspedes floridos en la alfombra,
bajo apacible sombra,
danzábamos de yedra coronados
mil jóvenes amigos,
sin ceñudos testigos,
a nuestras dulces prendas enlazados.

De mi querida a la nevada falda,
del alto de un manzano,
tiraba con incierta y blanda mano
rubias y dulces pomas,
de aljófares bañadas, y de aromas;
y con rubor divino se encendía
si al cándido cendal no le atinaba,
y en el pecho le daba;
y a hurtadillas mirando sonreía!...
Dulce pastora mía,
¿en dónde estás, que no me miras ora?
Si te horroriza el arma asoladora,
que fulmina mi brazo, ¡vaya lejos de mí!...
¿Quién desde ahora
arrancarme podrá de tu regazo?

¡Mi luz, mi bien! Angélica hermosura,
todo a tu lado sonreír parece,
y con mágico brillo resplandece
en torno la natura:
en tu seno se anida la ventura;
brota la paz purísimos albores,
y bullen los amores!

¿Qué fue de nuestras viñas desoladas?
¿qué de las huellas del sangriento Marte,
en torno señaladas,
cuando el crujiente carro revolvía
en la tierra infeliz que estremecía?
¡O ventura, o placer! Desaparecieron:
y al impulso de mano diligente,
de benéfica industria conducida,
en surcos mil el campo hundió la frente,
en sangre reteñida,
y la antigua aparece floreciente.

No te asuste el rumor que lejos suena:
¡es el lago bullente, que rebosa
del hondo hirviendo espuma temblorosa!
Esto que ora ha crujido,
con áspero y bronco rechinado,
es la robusta prensa,
anegada en sudor de néctar blando,
que en rápidos arroyos humeantes
cayendo, llenará la cuba inmensa,
por la anchurosa bóveda zumbando.

¡Gloria al otoño, que devuelve un día
con mano generosa
cuanto allá destrozó la guerra impía;

¡La guerra!... ¡Yo deliro!...
¿En dónde estás, mi vida, mi consuelo?
En vano en derredor buscando miro
los bienes que soñé: cubierto el suelo
de víctimas y horror mudo responde
a mi grata ilusión... Fue, fue el otoño
de abundancia y de paz sobre la tierra,
en deleites balsámicos fecundo;
y llena hoy el ámbito del mundo
¡llanto, desolación, infanda guerra!

El mundo nuevo

Hacer negocios

A poco tiempo que uno falte de la corte, o que se encierre en la dulce concha del hogar doméstico, a vivir tranquilo en medio de las corrientes eléctricas, del incesante vórtice del gran mundo, se halla al salir expuesto a grandes sorpresas, a continuos chascos. La corte es un teatro de peripecias: arcaduz de noria, que tan pronto sube rebosando, como desciende exhausto.

No hace muchos años que después de una larga encerrona, rompí la cáscara del huevo, y me eché a volar, nada menos que por las regiones etéreas del Teatro Real, en la época brillante de su apertura. Solo y pensativo entre la bulliciosa concurrencia, a cuyo anhelo por gozar faltaban sentidos corporales, dirigía en un entreacto mis curiosas miradas al escenario real de los espectadores, acaso más divertido que el de farándula que nos había robado el telón de boca, y acabé por fijarme en un joven muy presumido de elegante, con traje de etiqueta, el flexible gabán arrollado con afectado desdén al brazo izquierdo, y en la mano derecha unos gemelos de marfil, flechados a los palcos. La puntería nunca se remontaba de los bajos y de platea: comprendí por lo tanto que el mozo no conocía otras gentes que las de superior jerarquía. Así debía ser, porque su porte además era el de una persona opulenta. En la camisa, profusamente bordada, relucían tres gruesos botones de brillantes: un par de ellos asomaban también al cuello, detrás de la cuidadosamente descuidada corbata de raso: botones de rica pedrería campeaban en el chaleco blanco, y como la luz de un faro, relumbraban con estudiados eclipses en los puños de la camisa. Ni aquí se cierra el cuadro de su magnificencia: unos lentes de oro, colgados al cuello, y una gruesa cadena con mil sellos y dijes al ojal del chaleco, acreditaban que aquel hombre era un tesoro... ambulante.

Sobre curioso, soy un poco lapidario. Mi maestro de griego solía decirme que tenía cabeza de cal y canto, y no le faltaba razón. Su mano, un tantico más dura que mi cerebro, por golpes que me dio, no logró jamás hacer mella ni incrustar en él una sola fábula de Esopo. Pero vamos al cuento. A fuer de lapidario y curioso, fuime acercando poco a poco a mi galán, que sonriéndose a la sombra de sus anteojos contemplaba a cierta condesita alta, delgada, lacia y fea, la cual le volvía las espaldas desdeñosa. A mí nada me hubiera importado que aquella momia titulada me hiciese tan poco caso; mas a él, por lo visto, debía importarle menos, porque seguía mirándola y sonriéndose, que daba gozo de verle. Las luces de los brillantes íbanme pareciendo a menor distancia algo sospechosas, y llevado del deseo de investigar la verdad, llegué a ponerme debajo de los gemelos del espléndido mancebo, cuando de pronto me sentí abrazado por él, preso en la ratonera. Llevé un susto más que mediano: creí que había tomado mi afición artística por afición a lo ajeno. Pero el susto duró muy poco. Una voz conocida resonó en mis oídos, al propio tiempo que unos brazos demasiado robustos estrechaban más y más el nuevo lazo.

-¡Hombre, tú por aquí! ¡Si te he llorado difunto! ¿De dónde sales?, me preguntó el joven, más expresivo en sus demostraciones de afecto de lo que consentía mi débil constitución.

-Por de pronto déjame salir de tus brazos, contesté escurriéndome de ellos como una anguila. Ahora que puedo respirar te diré que salgo... que salgo... Pero tú ¿quién eres?, le interrogué a mi vez, con menos descaro que aturdimiento.

-¿De veras, chico, de veras no me reconoces? ¿Ya no te acuerdas de tu amigo, de tu mejor amigo? ¿De Santos Hincaldiente?

Confieso la verdad: hasta que oí su nombre no acabé de caer en la cuenta de aquel sujeto. Esas señas de «tu amigo, tu íntimo amigo, tu mejor amigo», en Madrid no dan a conocer a nadie. Significan tan sólo que la persona que así te apellida te ha encontrado una docena de veces, te ha dado sendos apretones de manos, te ha dicho que te quería cordialmente, si ha sabido que estabas o columbrado que podías estar luego en candelero. Eso le basta para llamarte de tú, para olvidarte si de nada le sirves; para murmurar de ti; para acusarte de ingrato; para mostrarse resentido si en tus buenos tiempos no quieres o no puedes servirle, o no satisfaces todas sus exigencias y caprichos. Pero por flaco que yo fuese de memoria (la tengo muy desdichada), ¿cómo era posible que se hubiese desvanecido la huella que deja un hombre llamado Santos Hincaldiente?

Le conocí, y le traté casi dos meses seguidos. Era un muchacho vivo de genio, travieso y holgazán: no carecía de talento, pero sin la menor instrucción. Gustaba sin embargo de andar entre los que cultivan las letras, gente por lo regular generosa y desprendida, y casi estoy por decir que sacaba más jugo de sus comidas que de sus dramas. Iba no obstante al teatro cuando los autores le daban luneta, y allí, con la mejor intención del mundo (no podía negársele buen corazón), les preparaba una silba o les malograba un aplauso. La razón es clara: los suyos eran siempre extemporáneos. Cosa sabida: en toda situación débil en que los actores querían pasar como gato sobre ascuas, en que el espectador, sin saber por qué todavía, se remueve en el asiento, las inteligentes y sonoras palmas de Santos habían de dar a conocer al público el motivo de su inquietud. Eran la chispa que producía la inflamación de los gases aglomerados en el recinto; el choque que desataba el rayo de la nube preñada de electricidad. Increpado por sus amigos, explicaba sin embargo filosóficamente su conducta; por lo cual, verá el lector que no era del todo negado. Decía que aplaudir lo bueno, era sólo dar prueba de buen gusto, y de amistad y de agradecimiento aplaudir lo que a todos desagradaba. Además de esta gracia, tenía la de menospreciar a los amigos a quienes arruinaba de día en la fonda con su buen diente, y de noche en el teatro con sus intempestivas manos.

-Sois unos badulaques, solía decirles: en la vida tendréis un duro, si no mudáis de carrera. ¡Poetas! ¿Qué viene a ser ese oficio? Estaréis siendo poetas cien años, y no tendréis al cabo ni un real de cesantía, de jubilación, ni de capital.

Él, sin duda para obtener uno y otro, y viendo que los amigos cambiaban de fonda y de café sin darle previo aviso, que se olvidaban de mandarle billetes para la representación de sus dramas, sentó plaza de escribiente en no sé que oficina, y desde entonces le perdí de vista.

-¿Quién había de conocerte, exclamé por fin, con esas patillazas, con ese lujo, con ese aire de importancia? ¿Qué te haces? ¿Sigues empleado? Has debido subir como la espuma. Pero no recuerdo haber visto tu nombre en la *Guía de Forasteros*. Bien que, si a

ella hemos de acudir para conocer los altos funcionarios públicos, debían imprimir una cada mes.

-No, amigo, mi nombre no ha estado, ni estará en la *Guía*. Soy muy independiente, y siempre he repugnado el vivir a costa ajena.

-¡Ah! ¿Conque te repugna *ya*?... ¡Vamos, cuando te digo que estás desconocido!...

-¡Yo servir al Estado! Pasar el día entre cuatro paredes, revolviendo papeles, devanándome los sesos, trabajando con celo, con afición!, ¿y para qué? Para no tener hora segura, para hallarte el mejor día con el oficio de tu cesantía sobre el bufete en que vas a trabajar. Y luego mi carácter... eso de ser gravoso a la nación, de vivir a costa de los pueblos esquilmados... No señor: a Dios gracias, no me falta que comer, y puedo conservar mi dignidad.

-Todo eso es muy santo y muy bueno, repliqué; pero ¿de dónde salen esas misas? ¿Has heredado? ¿Te ha caído la lotería? ¿Te has casado?

-Nada de eso. Mi suerte es hija de mi poco o mucho talento: me la debo a mí mismo. Esto es lo que me llena de orgullo.

-Orgullo por cierto el más disculpable, si no es el más legítimo. ¿Escribes, eh?

-¿Estás en babia? ¡Escribir! ¿Has conocido a nadie que se haya hecho rico con las letras?

-Entonces ¿qué haces?

-Negocios. Los negocios me dan para pasarlo decentemente, para carruaje, para excursiones veraniegas a París, a Londres, a Bohemia. En fin, se trabaja, y se gana, así... tal cual.

Ese *tal cual*, pronunciado con cierto desdén, me dejó aturdido: significaba millones.

-¡Hacer negocios!, repetía sin volver en mí del asombro. ¡Explícate por Dios!

-Nada, hombre, nada, dijo Santos interrumpiéndome con aire entre satisfecho y compasivo.

Hizo un cuarto de conversión hacia el palco de la condesa; enderezó los gemelos a las consabidas espaldas, y meneando la cabeza, y sonriéndose como quien dice: «tú me las pagarás» dejó caer estas palabras:

-La condesita está de buen humor; quiere hacerme rabiar un poco esta noche. Mañana a las once te espero a almorzar. Charlaremos un rato. A la salida, si quieres, te cogeré en el carruaje y te dejaré en tu casa.

Con mi aturdimiento ignoro si le di gracias; si admití o rehusé el convite. No estaba para pensar en mí mismo.

¡Almuerzo, carruaje, París, Londres, Bohemia, independencia, condesas, menosprecio de la *Guía de forasteros*! ¡Todas estas palabras, en boca de un muchacho a quien cuatro o cinco años antes había conocido hambón, pretendiente, petardista!

-Como quiera que sea, pensaba yo arrellanado en la butaca, me gusta este cambio. Se conoce que vamos prosperando. Hay carreras más brillantes y lucrativas que la de los empleos. Tenemos ya en España gente que vive y medra haciendo negocios, es decir, dedicándose al comercio, a la industria, a empresas útiles. Hacer negocios de esta manera es labrar a la par de su fortuna, la del país. ¿Cabe mayor satisfacción que la de prosperar con la prosperidad común? Bien vamos. Y ¡digo!, cuando este mozo que no tenía nada de lo de Salomón, ni se ha quemado las cejas estudiando, se ha hecho rico en poco tiempo, dedicándose a los negocios, ¿qué resultados no obtendrá un hombre de talento, una de esas cabezas organizadoras, un emprendedor? ¡Oh! ¡España, España es un país virgen que nos está brindando con veneros riquísimos, no explotados todavía! Iré, iré sin falta a casa de Santos, y explicándome el origen de su engrandecimiento, me dará a conocer el de la patria.

Acudí en efecto al día siguiente. La casa correspondía a la idea que me había hecho formar de su opulencia en el teatro. Me recibió el hombre de negocios con una bata deslumbradora, zapatillas bordadas de hilo de oro, gorro griego azul con magnífica guirnalda de rosas, todo flamante.

-Vamos, decía yo para mi sayo, mal gusto, resabios de *in illo tempore*; pero no exijamos a los hombres más de lo que puedan dar de sí.

El almuerzo en cambio fue excelente. Buen Grave, rico Jerez, café aromático, y sólidos muy dignos de alternar con tan preciosos líquidos.

Al saborear unos y otros, no podía desechar de la imaginación la idea de las hambres que había satisfecho mi opulento anfitrión cuando la casualidad le conducía a la fonda en que íbamos a comer.

Debía parecerme yo al palurdo que asiste a un espectáculo de magia o de prestidigitación, que no puede gozar ni reírse a sus anchas, porque sospecha que hay algo de negras artes, diabólico, prohibido, detrás de tantos prodigios. Mi amigo lo conoció, y alargándome un platito de vegueros, se levantó de la mesa. Seguíle, y entramos en su despacho; y sentándonos mano a mano en un sofá de tafilete oscuro, me dijo:

-Te veo como en babia y sin acabar de comprender mi transformación, y voy a referirte con franqueza cómo se ha ido verificando.

-Mucho te lo estimaré; porque a la verdad, después de satisfacer una curiosidad que no te oculto, me darás armas para combatir a los extranjeros, que propalan que los españoles no sabemos vivir sino del presupuesto del Estado.

-¡A costa del Estado! ¡Ca! Yo me creería rebajado aceptando una posición humillante que deja tu suerte en manos de un cualquiera a quien hacen ministro, y te trae y te lleva como un zarandillo, te trasiega como el vino, y te planta al postre de patitas en la calle.

-Hombre, no participo yo de tu opinión; pero me gusta oírte hablar así. Creo que el ser empleado probo, entendido y laborioso, lejos de rebajar a nadie, hace honor al más honrado: que así se prestan a la sociedad civil grandes servicios, y se contribuye a que el labrador se dedique tranquilamente a exprimir los jugos de la tierra, y el negociante, como tú, a la industria y al comercio, ahorrándoos el tiempo que con la buena administración del Estado tendríais que emplear en la vigilancia y defensa de vuestros propios intereses. Pero cuando es la propensión general de aspirar a los oficios públicos, a las carreras que directamente no son productivas, sírvenme de consuelo el considerar que hay jóvenes en España que se lanzan por esas fecundas vías de los negocios. Hasta me place esa misma exageración, esa injusticia con que te explicas, ese desdén con que tratas a los que reciben su sustento del erario público, porque me parece síntoma de la saludable y necesaria reacción que se está operando en nuestro cuerpo social.

-Pues sí, querido: nada de empleos, nada con el gobierno. Los negocios me dan para vivir modestamente como ves, contestó Hincaldiente exhalando una bocanada de humo con afectada indiferencia, y vivo independiente sin temor de que entren o salgan, de que suban o bajen los ministros.

-Perfectamente. Algo había que decir respecto de lo modesto de tu vida; pero vamos a lo que importa. ¿En qué clase de negocios te ejercitas? ¿Estás al frente de alguna casa de comercio? ¿Diriges algún establecimiento industrial? ¿Has hecho sutiles descubrimientos en las artes o perfeccionado algún invento?

-¡Ca hombre!, ¿de dónde sales? ¿Piensas que soy un mercachifle, un operario mecánico, un industrial? Soy un hombre de negocios.

-¡Vamos!, exclamé dándome una palmada en la frente: lo que en mi tiempo se llamaba agente de negocios. Se cambian ahora los nombres con una facilidad, que nadie sabe lo que es, ni como se llama.

-Amigo, tú siempre lo mismo; tan estúpido como de costumbre.

Bueno es advertir que años antes Santos se deshacía en elogios de mi talento cuando me pedía cigarros o se convidaba a comer en mi casa. Por lo tanto podía ser exacto, mas no consecuente en decir que yo era siempre lo mismo.

-Acaba de una vez, repliqué amohinado, y sepamos qué negocios son los tuyos.

-Lo que sale: la bolsa, las minas, las sociedades, préstamos, papel: en fin, negocios. ¿Qué es lo que se llama hacer negocios? Comprar y vender aunque sea la camisa con tal de ganar un maravedí.

-¿Conque es decir que anda el agio?, ¿que juegas?

-Se pica un poco de todo.

-Pero hombre, ¿te pusiste a jugar a la bolsa sin capital?

-Precisamente los que juegan sin capital, en descubierto como decimos nosotros, pueden ganar sin exponerse a perder.

-¡Ya! Comprendo el negocio. ¿Y así son todos los tuyos?

-Yo hice la tontería de comenzar a jugar de buena fe con dinero.

-Me alegro mucho, que al fin y al cabo si vosotros llamáis a eso jugar en descubierto, yo lo llamaría robar bajo techado. Pero ¿el dinero?, ¿ese dinero?, ¿el dinero primitivo? Porque, no te ofendas; pero en la época de nuestro conocimiento no tenías un cuarto.

Santos Hincaldiente me refirió en seguida con sencillez y naturalidad sus primeras aventuras en la moderna caballería andante, que si no endereza ningún tuerto, suele dejar bizcos a más de cuatro.

El novel caballero con su escudo limpio, es decir, con su bolsillo sin ellos, *sin miedo ni mancilla* como Bayardo, se metió de rondón por el intrincado laberinto de una oficina. Para que se vea lo que es el ingenio aguzado por el hambre: allí en aquellos temerosos bosques de mesas, pupitres y taquillas; en aquellas encrucijadas de papeles y rimeros de expedientes, donde nadie había visto más que trabajo, fastidio, jaquecas y quebrantamiento de la espina dorsal, cuadro nebuloso, iluminado tan solo por el perezoso rayo de la nómina mensual, nuestro doncel halló aventuras, vio negocios. Consiguió en primer lugar con su viveza ratonil, con su facundia de café, con sus gracias de garito, ser reputado como hombre útil, indispensable, y aprovechándose de la indolencia de sus superiores o del cúmulo de asuntos que sobre ellos pesaba, no le fue difícil jugar al tira y afloja con los expedientes, presentarlos vestidos o desnudos, por el lado feo o bonito. Todos los negocios suelen tener dos caras como Jano, o dos expresiones diversas, como las máscaras del teatro griego. Manejaba con predilección ésos que traen cola como los cometas, o que corren turbios como torrentes de verano, y estimulado por cierto comezón de hacerse notable, estaba entre ellos como el pez en el agua, o más bien, como la serpiente en el charco de las ranas. Esquilmaba huérfanas, hacía pagar de viudas, desamparaba a menesterosos, cegaba a los tuertos y deshacía lo mejor ordenado. Algún melandrín, algún encantador envidioso de la gloria y prez de semejantes fazañas, hubo de ir a los jefes con el soplo de ellas, y no fue menester más para que el ingenioso caballero saliese del teatro de sus primeras aventuras por la puerta de los pavos. Por manera que Santos Hincaldiente tuvo que renunciar tan generosa y espontáneamente como Don Simplicio a la mano de su Leonor cuando le obligan a ello. Desde entonces dio en llamarse independiente y en maldecir del gobierno y los empleados.

Estas fueron sus primeras armas; y aunque no sacó de la victoria todo el fruto que se había propuesto, con todo, la fama que con ella adquirió, le abrió el camino de nuevos triunfos. Un hombre listo, con algún dinero, y ningún escrúpulo de conciencia, es una alhaja para cierta clase de empresas. Buscáronle muy presto ciertos aventureros para fundar una sociedad anónima intitulada *La Moralidad*. Tenían por objeto: primero, morigerar el país; y segundo, hacer negocios. Buscaron ante todo media docena de personas respetables y conocidas por su honradez y su completa abstracción de manejos mercantiles; les sorprendieron y les alucinaron haciéndoles creer que era un caso hasta de conciencia, prestar el apoyo de su nombre a la empresa de *morigerar el país*. Dándoles sendos pomposos títulos que aparentaban mucho y nada significaban, los colocaron con industria, de trecho en trecho, en la Junta Directiva de la Sociedad. Los huecos que mediaban entre los santos varones, se rellenaron con los susodichos *autores del*

pensamiento. Entre un senador dignísimo y un grande de España, campeaba el nombre del ínclito D. Santos Hincaldiente, capitalista y secretario.

Dispuesta ya la bomba tan admirablemente, sólo faltaba darle al manubrio y empezar a chupar, o lo que es lo mismo, a morigerar el país: emitiéronse acciones nominales, al portador, de todos géneros, a gusto del consumidor. Recogióse el primer dividendo, y a los quince días se esparció la voz de que la empresa era más lucrativa de lo que sus directores se habían figurado. Hasta los venerables postes colocados para marcar el cuadro, y contener la ávida tierra que recibía el riego y el abono, propalaban de buena fe que *La Moralidad* hacía palpable una verdad consoladora para el género humano, a saber: que el moralizar era la mejor de las especulaciones, y el humanitarismo el empleo más útil y el negocio más pingüe. Repartióse entre los filántropos accionistas un cinco por ciento de ganancias, las cuales mal podían haberse obtenido cuando ni un solo real se había colocado, ni hacía un mes que el dinero estaba en las cajas de la sociedad, o sea, en el bolsillo de los autores del pensamiento. Pero en nuestra época reina un furor por ganancias exageradas: se piden resultados, y no se repara en que sean absurdos. Ninguno tanto como el cinco por ciento al mes: el más lerdo accionista debía conocer que aquello se desmembraba del capital, y lo que donde quiera hubiera hundido el crédito de una compañía, en España levantó sobre las nubes a *La Moralidad*.

Las gentes acudían en busca de acciones como al despacho de billetes el día de una gran función teatral. -«¡Acciones! No las hay. Tenemos pedidos de cinco mil y tantas, y se han repartido todas las emitidas». Así contestaban los autores del pensamiento, los cuales habiéndose reservado un gran número de ellas *gratis*, por gran favor soltaban algunas con su correspondiente prima a los más allegados, que se las arrebatában de las manos. Siempre se ha dicho que con los amigos se come, y *La Moralidad* se encargaba también de probarlo. Pero estas ganancias no satisfacían a Santos y comparsa. Salieron al mercado las acciones, y los directores eran los primeros a comprarlas con un beneficio de cincuenta por ciento, lo cual acabó de alucinar a los incautos. Cuando ellos compran tan caro, decían, señal de que están seguros de obtener ganancias mayores: esto no tiene réplica. Y en efecto no la tenía; los manipulantes estaban seguros de obtener mayores ganancias, pero de distinto modo de como los cándidos accionistas se figuraban. Con una mano compraban cien acciones con grande ostentación, y con otra vendían mil, subrepticamente. El embrollo no podía durar mucho tiempo: los hombres de bien se retiraron de la junta; cayó la sociedad; se procedió a liquidación; perdieron, los accionistas la mitad del capital; pero los directores y nuestro secretario Hincaldiente consiguieron su objeto: *morigeraron el país* e hicieron su negocio. Ni más ni menos que lo que se habían propuesto.

Lanzóse luego a la bolsa, a las empresas de minas, primo-hermanas de las sociedades anónimas, a los caminos de hierro, a... ¿Qué habrá libre en este siglo de empresas y negocios, de los impuros hálitos del agio, del ponzoñoso afán de hacerse rico a toda costa, y en poco tiempo?

-No te diré, prosiguió Santos, a quien es tiempo de que dejemos hablar, no te diré que todos los negocios me hayan salido bien... En la bolsa he llevado terribles porrazos, porque no se puede jugar de buena fe, añadía con todo aplomo, por vía de paréntesis; pero se vive, sin gravar al tesoro.

-Y morigerando el país.

-¡Oh!, exclamó de improviso, desentendiéndose de mi amarga ironía: el negocio grande, magnífico, el negocio por excelencia, es el que me resta, el que ahora precisamente traigo entre manos. Voy a casarme.

-Vamos, lo comprendo. *Honores mutant mores*. Eres rico, y ahora deseas adquirir la reputación de honrado, de virtuoso. Exaltado furibundo hasta conseguir tan buena fortuna, moderado luego para conservarla. Desde los tiempos del diablo Predicador acá, hallarás algunos ejemplos de esta conducta si te propones imitarlos.

-Para un hombre como yo, repuso mi amigo, el matrimonio es un negocio más. El mío será soberbio. Figúrate un título: nada menos que un título de Castilla: ¡una corona en la portezuela del carruaje, en las tarjetas!...

-¡Ah!, ¿la condesita? ¿Aquella fea de anoche?...

-No es una Venus, ¿pero qué le hace? No por eso dejará de ser condesa, y sobre condesa, millonaria.

-¿De veras?

-Aún no: pero está a punto de heredar a una tía decrepita, octogenaria, que vive allá en Andalucía. ¡Oh! Me aguarda un porvenir brillante. Conde, y gran capitalista. También te aseguro una cosa: que si fracasa este último golpe me pego un tiro.

-¿Tan perdidamente te has enamorado?

-¡Ca!, sino que muchas veces la situación... las apariencias... el decoro... Porque al cabo, es preciso... voy a casarme con un título de Castilla... en fin...

En fin, de todas estas frases entrecortadas, deduje la consecuencia de que también en manos de los hombres de negocios no es oro todo lo que reluce. Era milagro que tuviese solidez edificio tan de prisa levantado; que no se convirtiese en ceniza riqueza tan mal adquirida.

Me retiré; y no me quedaron deseos de volver a su casa. Muchas veces sin embargo le recordaba con interés y compasión. Aquel muchacho, bien dirigido, habría podido emplear su actividad y disposición para los negocios mercantiles en útiles empresas. La mayor parte de la culpa no era tampoco suya, sino del siglo en que vivimos, de los hombres que admiten como corriente la falsa moneda. El trabajo, la economía, los ahorros, no son hoy las fuentes de la riqueza, o no brotan al menos todo el raudal que necesitan los hidrónicos labios de una sociedad que sólo anhela por goces materiales. Raudal más abundoso, aunque impuro, suministran el tráfico, el agio, el juego, el robo más o menos disfrazado. A él acuden los sedientos, seguros de que el mundo no ha de pedirles la ejecutoria de su opulencia mientras sean ricos.

Al cabo de algún tiempo halléme en casa un par de tarjetas de parte de boda. Santos estaba casado. Había hecho su último negocio.

-Vamos, dije yo, si tan rico llega a ser por el medio legítimo de una herencia, quizá esté a tiempo de reparar los daños que ha causado: puede especular honradamente, sufrir privaciones, y devolver el dinero mal adquirido. Así al menos conseguirá una vejez tranquila y una muerte sin remordimientos. Iré a verle, así que haya saboreado el pan de la boda.

Fui en efecto, y los porteros me dijeron que los señores habían tomado la silla de posta para Francia el mismo día de su casamiento, y que no volverían en tres o cuatro meses. No me había hecho cargo de esa nueva moda que suprime el sagrado tálamo y le reemplaza por el carruaje: el casto lecho nupcial, por el que acaba de dejar una cortesana; los himnos epitalámicos, por las nada limpias interjecciones del mayoral; la santa y dulce compañía de los padres, por la impertinente de los viajeros; el festín de boda, por la mesa redonda.

A su vuelta no me fue posible verle. Su casa parecía un castillo feudal por lo inaccesible, un pandemonio, por la confusión que en ella reinaba. Los criados se contradecían. Unos hablaban con frialdad o desdén del amo; otros, por el contrario, con cierto énfasis, le llamaban siempre «el señor conde». Dejé una tarjeta. Volví: me sucedió lo mismo, y no quise dejar otra.

-Está visto, el señor conde se desdeña de tratar a sus antiguos conocidos. Como le ha salido bien su último negocio, no quiere que nadie le recuerde quién era antes del primero.

Por mi parte hice también lo posible por olvidarle, y casi puedo asegurar que lo había conseguido, cuando no ha muchos días le vi entrar con el rostro desencajado, los ojos abatidos, el cabello en desorden, ya casi ceniciento, con traje elegante, pero raído. Al verle en tan lamentable estado, me levanté y le tendí los brazos.

Conmovero por aquella muestra de compasión, arrojóse en ellos y se echó a llorar.

-Amigo, exclamó, he sido contigo un ingrato, un miserable; pero bien pago todas mis culpas.

-¿Qué tienes? ¡Eres desgraciado!

-Conozco tu buen corazón, y por eso vengo a buscarte.

-¿Qué quieres? ¿Dinero?

-¡Dinero!, repitió sonriéndose de una manera terrible: todo el que tienes no bastaría a satisfacer a uno solo de mis innumerables acreedores.

-Pues entonces...

-Vengo a buscarte para padrino de un duelo.

-Sepamos primero los motivos que tienes para apelar a ese extremo.

-Es muy justo. Te los diré, y en ellos irá envuelta mi lamentable historia. Me casé: buscaba una mujer que halagase mi vanidad con la corona de conde y reparase las brechas que mi despilfarro había abierto en mi fortuna. Hallé lo primero, no lo segundo. La condesa no me trajo más que su título y sus exigencias. ¡Me engañó! No me quejo: yo también la engañé haciéndola creer que era un capitalista, y cuanto viste en mi casa no pasaba de apariencias. Íbanse en el lujo las ganancias, y no siendo luego suficientes, eché mano de mi capital, que se fue mermando espantosamente.

-¿Y la herencia? ¿La tía millonaria y decrepita?

-Una verdadera tía fingida: o no ha existido, o me la han escamoteado. Tampoco me quejo. Hubiera podido pasarme sin ella, si en lugar de una mujer necia, vanidosa, dada al lujo y los placeres, hubiese escogido una compañera dulce, modesta, cariñosa, discreta... ¡Ah! La condesa, sólo por serlo, se ha creído superior a mí, y hasta se considera humillada por la debilidad de haber dado su hidalga mano a un *quidam*, a un *parvenu*, como ella dice, ¡a un Hınca-el-diente!

-¡Eso es inhumano!

-Para explicar, o disculpar hasta cierto punto lo que ella apellida su calaverada, se empeña en brillar en la corte. Gasta, triunfa, derrocha, hace creer que sus riquezas son inagotables, me empeña, me arruina. Mi capital ha ido disolviéndose en teatros, en modistas, en convites, en fruslerías. Mi crédito ha desaparecido con los mismos disolventes. Y mientras con espantados ojos seguía el curso de tan terribles operaciones químicas, mis labios tenían que sonreírse y pronunciar lisonjeros cumplimientos a las gentes que, convidadas por la condesa, venían a mi casa como banda de buitres a cebarse en el cadáver de mi fortuna. No era posible llevar adelante el sufrimiento. Llamé un día a mi mujer, y la pinté mi situación. ¿Piensas que me compadeció, que me agradeció siquiera mi demora en darle este mal rato? Se puso como una furia; me insultó, me llamó petardista, estafador, intruso, sin olvidar lo de *parvenu*, y lo de Hınca-el-diente. Con la cólera tomaronla un par de desmayos, y echó a perder algunos trajes, con cuyo importe hubiéramos podido comer un mes todavía. Habló de divorcio y se retiró a casa de sus padres. No es esto solo.

-¡Aún más!

-No le ha bastado humillarme, escarnecerme; ha querido deshonorarme.

-¡Ca hombre! Exageras tu desdicha. Es una propensión natural de tu estado; pero debes combatirla. ¿Qué pruebas tienes? Vamos a ver.

-Tómalas, contestó Santos, alargándome una carta cuyo sobre, apresuradamente escrito, lo mismo podía decir «al conde» que «a la condesa». Léela, prosiguió; un criado me la ha traído, y creyéndola para mí, con tanto más motivo, cuanto que la letra es de *un amigo mío*; la he abierto. Léela.

El pobre Santos tenía razón: El amante, tan necio como imprudente, suministraba en pocos renglones la prueba del crimen.

-En efecto, contesté: no me queda duda. Con esta carta puedes pedir y obtener el divorcio.

-No lo haré: buscaré al miserable ladrón de mi honra, le arrancaré el corazón, beberé su sangre, y luego...

-¿Tienes hijos?

-Uno. ¡Ay! Esa es mi mayor desventura. Un hijo de dos años, que todavía debo de confiar a tal madre.

-Pues bien, amigo; sigue mi consejo. Ni duelo, ni divorcio. Tu mayor enemigo es la publicidad, el escándalo. Déjame esta carta. Con ella iré a ver a los padres de tu mujer. Les hacemos la forzosa: viviréis separados.

-¿Y mi hijo?

-Me comprometo a traer el hijo a tu poder. No lo dudes. Por evitar un litigio escandaloso y de fatal resultado para ellos, accederán a cuanto se les exija. En seguida te embarcas para América, lo cual a nadie puede sorprender, atendido el estado de tus negocios. Te recomendaré eficazmente a una casa de comercio donde con laboriosidad y arrepentimiento purgarás tus faltas pasadas. Sobre todo, inspira a tu hijo moderación en sus deseos y en sus goces, y el hábito de vivir con su trabajo. Que se contente con poco: que sea económico, activo y honrado, seguro de que hará buenos negocios: tan buenos, que lejos de conducirlo al deplorable estado de su padre, le proporcionarán quizá la dulce satisfacción de pagar tus legítimas deudas y de restaurar tu crédito, que es la ambición más noble que puede abrigar el corazón de un buen hijo.

Grandes esfuerzos tuve que hacer todavía para disuadirle de sus locos proyectos de venganza; pero al fin lo conseguí, y ayer tuve carta suya de Cádiz, escrita a bordo del buque que iba a llevarle a la Habana con su hijo, donde, si es sincero su arrepentimiento, al lado de un honrado comerciante hará otra clase de negocios que los que suelen hacer en Madrid muchos que se lanzan de improviso a la profesión de negociantes, aspirando a ser ricos sin trabajo y en poco tiempo.

El amor de una reina

Hermosísimas princesas hubo en todos tiempos en Castilla; pero ninguna tanto como la reina Doña Urraca, hija de Alfonso VI el *Magnánimo*. Las crónicas se complacen en pintarla con vivísimos colores; y a juzgar del mérito de su belleza por la multitud de sus apasionados, los hechos no desmienten por cierto las acaloradas descripciones de los coronistas.

Muy niña todavía, era citada como dechado y prodigio de hermosura en la corte de León. Su padre había confiado la educación de la infanta al conde Don Pedro Ansúrez, en defecto de su madre: mucho se desvelaba el buen conde por guardar aquel peregrino

tesoro; pero ¿pueden nunca suplir los desvelos de un extraño, por los cuidados de una madre?

Sin ella Doña Urraca, abrió presto al amor las puertas del corazón. Un caballero de los más apuestos y bizarros de la corte, el rico hombre de Altamira, hizo sentir a la infanta las primeras inquietudes de una pasión que se presentaba suave y mansa, para llegar a ser en breve cruel y tiránica. Todos amaban a la princesa, todos envidiaban la suerte de aquel caballero en quien se fijaban unos ojos capaces de arrastrar consigo la mitad del cielo, como Lucifer con su palabra; sólo el afortunado galán en quien los ojos se fijaban, permanecía sereno, indiferente, y algunas veces hasta esquivo y desdeñoso.

En vano la Princesa le importunaba con sus ruegos, y procuraba enternecerle con sus lágrimas: el rico hombre de Altamira conservábase inflexible y duro como el mármol.

¿Qué extraño era que así sucediese, si él, en apariencia, insensible galán estaba enamorado, y casado en secreto con una beldad, mucho más modesta, pero de mérito tan raro y de precio tan subido como la Infanta de Castilla?

Llamábase esta dama Doña Elvira de Froilaz, hermana menor del conde de Trava, y vivía en uno de los castillos que tenía su hermano en el reino de Galicia. Allí estaban también los estados de su esposo, y allí fue este a parar huyendo de los amores de doña Urraca. El cielo vengó bien presto a la Princesa de la ingratitud del caballero: no había pasado mucho tiempo desde su desaparición de la corte, cuando llegó a su noticia la muerte del rico hombre de Altamira.

Lloróle, sin embargo: lloróle como si él no le hubiese hecho derramar lágrimas más que por su muerte, y algún tiempo después, importunada por su padre y por la razón de estado, tan fuerte y poderosa en los reyes, entregó su mano a Raimundo de Borgoña, conde de Galicia.

No le amaba Doña Urraca, pero le apreciaba, y la estimación de su esposo por una parte y por otra el recuerdo todavía fresco de aquel amor tan puro como desgraciado, bastaron para que la condesa de Galicia pudiese ahuyentar de su corazón las peligrosas sugerencias del despecho. Pero el esposo y el padre desaparecieron casi a un mismo tiempo: Doña Urraca se vio sola, viuda en la flor de su edad, y sentada en el trono de Castilla; creyóse dueña y soberana de su voluntad; veíase la más hermosa de su corte y al mismo tiempo la más desdeñada, y sintiendo cierta inclinación que más bien pudiera llamarse preferencia, hacia el conde Don Gómez González Salvadores, quiso darle su mano, puesto que la conveniencia pública reclamaba un nuevo esposo para la joven reina.

Aplaudieron algunos su pensamiento, porque Don Gómez era uno de los más cumplidos caballeros de aquel tiempo; pero la mayor parte de los ricos hombres lo desaprobó, proponiéndola en su lugar para compartir el trono de Castilla, al rey de Aragón y de Navarra, Don Alfonso el *Batallador*.

Grandes razones políticas había a la verdad para que los próceres del reino prefiriesen enlace semejante: Don Alfonso, hombre de tanto valor como fortuna, fue el primero que concibió el gran proyecto de unir en una sola frente todas las coronas de España, y al ver

el trono de Castilla ocupado por una débil mujer, creyó llegada la ocasión oportuna de llevar a cabo sus magníficos planes.

Comenzó disputando a Doña Urraca sus derechos a la corona, y expuso los suyos, fundado en ser el único varón descendiente por línea directa del rey Don Sancho el *Mayor*, tronco de donde procedían las dos familias reinantes en Aragón y Castilla.

Este era un pretexto, nada más que un pretexto: Alfonso el Batallador, fundaba sus principales argumentos en lo grande y deslumbrador de su empresa, y en las esperanzas que hacía concebir su espada, siempre desnuda, y siempre victoriosa.

Ahora bien: los ricos hombres de Castilla conocieron que de ningún modo podían conciliarse mejor los incontestables derechos de la una, con los soberbios planes del otro, que uniendo a entrambos con los vínculos del matrimonio. Doña Urraca, en virtud de una cláusula del testamento de su padre, tenía que obedecer y seguir los consejos de los grandes para contraer segundas nupcias; Doña Urraca no se opuso a los deseos de sus cortesanos; quiso ser buena hija, pero no pudo ser buena esposa. Casóse con el rey Don Alfonso el Batallador, sin renunciar por eso a los amores del conde Don Gómez.

A pesar de ser más soldado que galán, y más ambicioso que delicado, el rey de Navarra, que ya comenzó a titularse emperador de España, no pudo tolerar los ultrajes de su esposa. Encerróla en el Castellar, pero de allí pudo escapar con el favor de su amante. Púsose este al frente de las tropas castellananas para vengar a la reina; apenas lo supo Alfonso el Batallador, salió a su encuentro con los aragoneses y navarros.

Encontráronse los dos ejércitos cerca de Sepúlveda en el Campo de la Espina; y el rey, deseoso de lavar la mancha de su honra, fue a buscar en medio de las haces enemigas al amante de la princesa; hallóle al fin, y cuerpo a cuerpo quiso combatir con él. No duró mucho tiempo la pelea; el rey gozó el horrible placer de la venganza, dejando a su rival tendido en el campo, encharcado en su propia sangre. Los castellanos se pronunciaron en derrota, viendo muerto a su caudillo, y en su fuga no pararon hasta Burgos, donde la reina estaba aguardando nuevas de su amante.

Llevóselas el conde Don Pedro de Lara, que mandaba la retaguardia del ejército. Mas no con la muerte de Don Gómez González Salvadores se remedió el mal, a Don Gómez le sucedió en el favor de la princesa el conde de Lara, portador de las nuevas de su muerte.

Además del partido del rey y de la reina, de castellanos y aragoneses, comenzaba a la sazón a brillar un tercer partido que tenía sus esperanzas en el príncipe Alfonso, hijo de Doña Urraca y del conde Don Raimundo de Borgoña, y que apenas tenía entonces diez años.

Caudillos eran de este bando Don Pedro Froilaz, conde de Trava, ayo del niño Alfonso, y el obispo de Santiago Don Diego Gelmírez, a los cuales seguían no pocos caballeros descontentos de las usurpaciones de Don Alfonso el Batallador y de los escándalos de Doña Urraca. Tenía también el príncipe su ejército en Fuente Culebras, cerca de Astorga; y desde el Campo de la Espina fue el emperador a derrotar a los secuaces del hijo, como había derrotado a los de la madre.

Después de esto se dirigió a Soria donde de ordinario tenía su corte, y allí repudió públicamente y solemnemente a Doña Urraca, reteniendo sin embargo, los reinos de León y de Castilla, como bienes dotales de su mujer que había dado causa para el divorcio.

En tal situación se hallaban las cosas públicas, cuando principiaron los acontecimientos que vamos a referir.

Doña Urraca había fijado su corte en Lugo, con ánimo de vigilar al obispo de Santiago, de quien todo lo temía, y todo esperaba. El príncipe Don Alfonso vivía en Extremadura, y para evitar que se comunicase con el prelado y recibiese sus consejos, la reina tenía parte de su ejército entre Mérida y Santiago, y los caminos todos de uno a otro punto estaban plagados de espías y de partidarios suyos, que registraban a todos los pasajeros, y mataban y hacían prisioneros a los sospechosos.

Era casi imposible llevar ni traer mensaje alguno sin eminente peligro, pero conforme avanzaba el tiempo, y los escándalos de la reina se aumentaban, sentíase la necesidad de un pronto término a tan violenta situación. Para ponerse de acuerdo el obispo de Santiago y el príncipe Alfonso, ofrecióse a llevar unas cartas Ramiro, paje del prelado compostelano, y disfrazado de peregrino llegó a Mérida con toda felicidad, protegido por las hermandades, formadas para defensa de los romeros.

Volvió después a Santiago con una carta del príncipe, de la mayor importancia, pues estaba reducida a concertarse con el obispo para ser proclamado como rey de Galicia, y coronado en la catedral de Santiago.

El joven peregrino al emprender la vuelta a Compostela, tuvo en el camino mil tropiezos de los que salió libre y exento, unas veces por su valor y otras por su industria, y ya tocaba los muros de su ciudad natal, el perro de su amo Don Diego Gelmírez había salido a recibirle, cuando se vio acometido por bastante número de caballeros, a los cuales era imposible resistir.

Acosado muy de cerca y viendo que nada adelantaba con morir, puesto que sobre su cadáver se hallaría la carta del príncipe, llamó al perro, puso en su boca el pergamino, y sacudiéndole un palo con el bordón le gritó:

¡A casa, a casa!

Y el perro con el pergamino en los dientes pudo escapar por entre los pies de los caballeros que cercaban al paje.

Ramiro entonces ufano con el triunfo, se rindió a sus perseguidores.

Llevaronle éstos a presencia de la reina de Castilla, que separada ya del marido, hacía gala y ostentación de sus amores con el afeminado conde de Lara. Este se daba públicamente el aire de monarca, haciéndose odioso a los grandes del reino a quienes insultaba con su desmedida soberbia. Doña Urraca envuelta en aquella atmósfera de deleites, desconocía hasta qué grado los pueblos se habían resfriado en el amor y cariño hacia ella. Su corazón, sin embargo, estaba menos corrompido que exacerbado por la desgracia.

Cuando el paje Ramiro llegó a su corte, sin verle siquiera mandó que le diesen tormento para arrancarle la declaración del mensaje.

Sus órdenes fueron al punto obedecidas.

Ramiro fue colocado en el potro y ya comenzaban las crueles operaciones de la tortura, y el joven paje exhalaba gemidos lastimeros, cuando la reina se acercó a la sala del tormento atraída por el ansia de escuchar las revelaciones importantes que iban a escaparse de los labios de Ramiro.

Entró la princesa al tribunal, y dirigió una mirada indiferente sobre el lecho de tablas donde yacía amarrado el paje del obispo.

Era Ramiro tan mozo que aún no había cumplido veinte años: era tan bello y simpático que la reina no pudo ver sin lástima sus padecimientos.

Salióse del tribunal visiblemente conmovida y agitada; llamó al juez, y mandó suspender el tormento; tornóle a llamar, y le significó sus deseos de averiguar por sí misma y por medio de la persuasión y de los ruegos, lo que pretendía saber por la violencia.

Ramiro, repuesto apenas de sus dolores, fue conducido a la habitación de la reina.

En vano quiso esta rendirle con halagos y promesas para que manifestase el secreto del mensaje, en vano ensayó todos los medios de seducción de que era capaz una mujer tan hermosa y experimentada como ella; el paje leal y pundonoroso, no hizo un gesto, no pronunció una palabra de que pudiese luego avergonzarse y arrepentirse.

Urraca de Castilla no pudo ver sin asombro aquella firmeza, aquella constancia, aquel valor en tan pocos años, y la admiración fuese convirtiendo poco a poco en otro sentimiento más íntimo y más dulce.

No acusemos de liviandad esta vez a la princesa: tenía esta un motivo poderoso, irresistible para prendarse de Ramiro.

Ella no había amado más que una vez en su vida, en la aurora de su vida, cuando el rico hombre de Altamira se presentó en la corte de León. Aquel amor, el único que verdaderamente había conmovido su pecho, era como el aura vital, que conservó muchos años pura, inmaculada el alma de la princesa; aquel amor borrado al parecer en su pecho con la huella de otras pasiones menos ideales, dormía en él sin embargo, y sólo aguardaba un acontecimiento, una ocasión, un pretexto quizá para despertar de improviso.

Esta ocasión había llegado; conforme la reina iba fijando sus apasionados ojos en Ramiro, descubría en aquellas facciones cierta semejanza, cada vez más asombrosa, entre el paje del obispo y el rico hombre de Altamira.

Poco tiempo pasó, de pocas entrevistas hubo menester Urraca para sentir en lo profundo de su corazón aquel mismo afecto, aquel purísimo cariño, aquella violenta pasión de sus primeros años. Parecíale que desde la muerte del caballero de Altamira hasta la aparición del paje no había transcurrido más que una noche, una noche de ensueños horribles, de

imágenes repugnantes, y se consideraba pura todavía y virtuosa, como lo había sido en la corte de su padre.

A la luz de aquel amor celestial consideró todo lo pasado, examinó su situación presente, y bajó los ojos avergonzada y confusa.

Pero ¿de dónde provenía aquella extraña semejanza entre Ramiro y su antiguo amante? ¿Era acaso una ilusión de su acalorada fantasía? ¿Era una nueva máscara que tomaba el ángel tentador para internarla más y más en la senda de perdición a que se había lanzado?

Urraca procuró averiguar el origen de aquel mancebo, a quien cada vez amaba con más pasión, y con pasión más pura, de aquel mancebo cuya presencia había bastado para disipar las impuras nieblas en que flotaba su corazón.

Nada halló sin embargo que pudiera satisfacerle. Ramiro era hijo de un hidalgo de Santiago, muerto muchos años antes, y vivía en aquella ciudad en compañía de su anciana madre y protegido de D. Diego Gelmírez, obispo de Santiago.

De todas sus pesquisas y averiguaciones sólo pudo sacar en limpio una cosa, a saber: que el mensajero había vuelto de la corte del príncipe en muy diferente estado de cuando se había partido de Galicia. Su condición parecía distinta; de alegre, travieso y viviracho tornóse triste, sesudo y contemplativo. Doña Urraca sospechó al momento que en Mérida se había enamorado.

Considérese cuánta violencia no añadiría al incendio de su amor el combustible de los celos.

Con esta idea fija en su mente, con este dardo clavado en su pecho, Doña Urraca recabó del mancebo la confesión de sus amores. Era este harto joven para dejar de ser ingenuo; había sido demasiado inflexible con la reina en callar secretos que no le pertenecían, para negarse ahora a descubrir los que eran suyos exclusivamente.

Ramiro le confesó, no sus amores, sus dulces simpatías hacia la hermana del conde de Trava, Doña Elvira Froilaz.

Imposible nos es decir lo que entonces pasó por el corazón de la reina. Elvira Froilaz había sido su rival victoriosa en sus primeros amores; Elvira Froilaz éralo también en los últimos; ella le arrebató el corazón del rico hombre de Altamira; ella también el del paje del obispo. Aquella mujer parecía destinada a robarle todos los objetos en que Doña Urraca ponía codiciosamente los ojos.

Concebía la princesa unas veces los más horribles proyectos de venganza, otras por el contrario caía en una especie de estupor y abatimiento: parecíale que sobre su frente pesaba una eterna maldición y que el ángel de las iras celestiales era Doña Elvira de Trava.

Deseando sin embargo, aparecer buena y generosa para Ramiro le puso en libertad; renunciando a saber por medio del tormento, el contenido de la carta del príncipe que tan fatal había de ser para el reinado de Doña Urraca de Castilla.

No se contentó con esto. El conde Don Pedro de Lara había salido de orden suya para prender al prelado y desposeerlo de su anillo y báculo pastoral, tenía ya muy adelantados sus trabajos el amante de la reina a este propósito; habíase compuesto con algunos caballeros de Galicia partidarios del rey de Aragón y enemigos capitales de Don Diego Gelmírez; nada faltaba ya sino dar el golpe, cuando el paje llegó a Compostela con un juramento escrito de la reina de Castilla, en que esta se comprometía a conservarse en paz y buena amistad con el obispo de Santiago, al cual cedía desde aquel punto tres de los principales castillos de aquel reino.

En una de las calles más oscuras y solitarias de la ciudad de Santiago, había una casa de tan modesta apariencia, que no tenía más medios de comunicación con el exterior que el portal, bajo y arqueado, y una reja de la misma forma, a la cual estaba asomado un viejo, cuyas venerables canas cubría una gorra negra de figura cilíndrica, y embozado en una capa de lana burda.

Observaba con atención a los transeúntes, que no eran muchos, y siempre venían de uno en uno, entrando todos en el portal del edificio. Cuando ya dejaron de acudir las gentes, apartóse de la ventana y aunque la casa no tenía más que un piso, él fue bajando hasta dos, y se detuvo en la puerta de una habitación subterránea, que le fue franqueada apenas pronunció al oído del que de portero hacía, cierta palabra misteriosa.

Hallóse en un vasto salón, alumbrado tan sólo por una lámpara, con todas aquellas personas a quienes había visto entrar desde la reja.

-Uno falta, hermanos, dijo con voz grave, al llegar al medio del salón subterráneo.

-¿Sabéis quién es?, le preguntó uno de los circunstantes, que sentado frente de una mesa parecía presidir la reunión.

-Eso a vosotros toca averiguarlo, respondió el entrante.

-Que se pase lista, dijeron algunos.

-Que lo diga su hermano, respondieron otros: aquel a quien le falte su hermano, que pronuncie su nombre.

-A mí me falta, advirtió con voz dulce y altanera al mismo tiempo el conde de Lara.

-Está bien, contestó el de la mesa: es maese Sisnando. ¿Quién de los hermanos puede darnos noticias acerca de él?

-Yo sé que todo el día ha estado trabajando en la fábrica de Santa María de Canojio, y que se ha retirado al anochecer a la ciudad acompañado del obispo.

-Es muy puntual maese Sisnando, repuso el de la mesa: y si no viene esta noche, será preciso informarse de su salud. Entre tanto escuchemos el mensaje que nos trae el conde de Lara.

-Yo, señores... dijo entonces Don Pedro de Lara.

-Aquí no hay señores, gritaron algunos, casi tumultuosamente: todos somos hermanos.

-Hermanos, pues: os habéis congregado en esta santa hermandad para conjuraros en daño del obispo de Santiago Don Diego Gelmírez, que os está tiranizando hace muchos años: Don Diego es el enemigo capital de la reina Doña Urraca, y por consiguiente vuestros intereses y los de la reina son unos mismos: la reina, pues, desea entrar en la hermandad, y yo os lo pido en su nombre.

-¡La reina!, exclamaron todos con asombro.

-Sí: la reina Doña Urraca de Castilla se honrará de hoy en adelante con el título de hermana vuestra.

-¿Será posible?, gritaban unos.

-¡Qué honor!, ¡qué fortuna!, repetían otros; y por espacio de algunos minutos resonaron en el subterráneo murmullos de satisfacción y alborozo.

Levantáronse los hermanos, reuniéndose en diferentes grupos, y de uno de ellos salió la voz de nombrar a Doña Urraca abadesa de la hermandad.

-¡Abadesa!, ¡abadesa!, gritaron a un mismo tiempo cien voces.

-Ya lo oís, hermano Lara: la hermandad nombra abadesa a la reina Doña Urraca. Ahora a vos os toca instruir la en sus deberes de hermana y de superiora, y de tomarla el juramento que todos hemos prestado. Los deberes son de auxiliar a todos los hermanos, y tomar las ofensas y agravios de cada uno de ellos por suyos propios; y el juramento es de ser leal a la hermandad.

-Bien está, respondió el de Lara: en cambio del honor que la reina nos dispensa, ella exige de vosotros que la ayudéis a prender al obispo, que de su cuenta corre luego privarle de su dignidad pastoral.

-Es muy justo: no tenemos otro fin ni otro deseo; puesto que la reina es nuestra protectora, nosotros seremos siempre defensores acérrimos de ella contra todos sus enemigos.

Mientras los conspiradores andaban en estas pláticas, habían sonado algunos golpes misteriosos a la puerta del subterráneo. Sin duda por la algazara que produjo el mensaje del conde de Lara los golpes no se habían oído, y el que llamaba no tuvo paciencia para aguardar mucho tiempo, y abrió con estrépito.

-¡Maese Sisnando!, exclamaron los conjurados volviendo el rostro.

Era en efecto el arquitecto de Santa María de Canojio el que acababa de llegar.

-¡Cómo tan tarde!, le dijo el de la mesa.

-No he perdido el tiempo, respondió Sisnando.

-¿Qué has hecho en favor de la hermandad?

-Apoderarme de la clave de todas las intrigas del obispo.

-La hermandad te perdona, y está dispuesta a escucharte.

-Bien sabéis, hermanos, que entre el obispo y el príncipe Don Alfonso se fraguaban proyectos que nadie podía adivinar, y cuyo cabal conocimiento tanto nos importaba. Bien sabéis que el paje de Don Diego había salido de aquí para la corte del príncipe con mensajes importantes, y que volvía con otros que no lo eran menos; pues bien, este mensaje acaba de llegar a mi poder.

-¿Cómo?, ¿cómo ha sido eso?, preguntaron todos.

-Escuchad. Volví yo esta tarde de Santa María de Canojio con el obispo, departiendo acerca de la fábrica y de los gastos que serían necesarios para concluirla: le acompañé hasta la puerta de su palacio, y dejándole en él me retiraba por el mismo camino, cuando llegó el perro que suele acompañar al prelado, y que aquella tarde se había quedado distraído en el bosque o en el edificio. El lebel es amigo mío: le llamé para hacerle fiestas, y reparé que traía un pergamino en la boca. Algún trabajo me costó arrancárselo, pero lo conseguí. Luzbel, que así se llama el perro, venía manchado de sangre y cubierto de heridas: y yo, movido de curiosidad, recelándome que alguna cosa extraordinaria había pasado, torné a la fábrica, y en el camino me encontré con algunos escuderos que me refirieron la verdad. Habían atacado a dos peregrinos, uno de los cuales era Ramiro, el paje del obispo, que traía una carta del príncipe a Don Diego. Sabidas estas nuevas guardé silencio acerca de lo que me había pasado, y, sin detenerme en ninguna parte, vengo aquí a presentaros la carta, por si juzgáis que su lectura conviene a los intereses de la hermandad.

-¡Sí, sí!, dijeron todos a una voz.

-¡Que se lea, que se lea!

Maese Sisnando había depositado en la mesa el rollo de pergamino, que permanecía intacto, y sin que el abad o presidente de la hermandad alargase la mano para cogerlo, por la sencilla razón de que no sabía leer. Bien es verdad que otro tanto le sucedía a la mayor parte de los hermanos.

El conde de Lara, impaciente por enterarse del contenido de aquella carta que tanto interesaba a la reina, se brindó a leerla, con tal que estuviese en letra clara y corriente.

Aceptóse con mucha satisfacción el ofrecimiento: Lara se acercó a la mesa, tomó el pergamino, lo desenrolló, fue a colocarse luego debajo de la lámpara, y dijo, después de haber pasado por encima los ojos:

-Hermanos, la letra es clara y no tengo dificultad en leer lo escrito; pero tanto vos, como yo, nos quedaremos en ayunas: porque está en latín.

-¡En latín!, exclamó maese Sisnando; y ¿no hay algún canónigo en la hermandad? ¿De qué nos sirven aquí los canónigos, sino para lances tan apurados? Querrán luego que, en

deshaciéndonos del obispo, los pongamos a ellos en su silla, ¿y no nos sirven para leer veinte o treinta renglones en latín?

-Maese Sisnando, contestó a la sazón con voz grave un clérigo que estaba en un rincón de la sala: los canónigos tienen la obligación de saber leer en el latín de su breviario, pero no el de las cartas y mensajes: en fin, con la ayuda de Dios, probaré a ver si saco siquiera alguna sustancia de la carta; porque lo que es leérola palabra por palabra, yo se la doy al más pintado.

-¿Y creéis que si hubiera llegado a manos del obispo tropezaría en tantas dificultades?

-¡Toma! el obispo es el obispo, y hay pocos hombres que puedan apostársela ni a latín, ni a griego, ni a filosofía, ni a letras ni a nada.

Aquel elogio del prelado compostelano, lanzado en medio de sus más encarnizados enemigos, no chocó a nadie: ¡tan grande, tan peregrino y reconocido debía ser su mérito!

La carta pasó de manos del conde de Lara a las del canónigo, que tropezando aquí y cayendo allá, levantándose luego para tornar a caer, dio fin a la lectura, después de la cual la mayor parte de los concurrentes se quedó tan enterada como antes.

-¡Otra vez, otra vez!, dijeron algunos.

-Decidnos la sustancia, replicaron otros.

-Hermanos: la sustancia de esta carta no debe hacernos mucho provecho; porque se reduce a que el príncipe Don Alfonso solicita del prelado que lo proclame rey de Galicia, conforme al testamento de su abuelo materno, que determinó de darle este reino desde el punto que Doña Urraca contrajese segundas nupcias; y en un *post scriptum* se fija el día de esta ceremonia, desde la cual podrá considerarse Doña Urraca como destronada, y nosotros, que somos partidarios suyos y enemigos del príncipe y del obispo, no quedaremos en muy más envidiable estado.

Hubo un rato de profundo silencio, que bien pudiera interpretarse por expresión de terror, si es que el terror puede dominar nunca en las sociedades secretas. Proponían algunos que se rompiera la carta; otros que se remitiera al obispo; aquellos ya no querían ponerse a mal con el sol naciente; éstos querían hundirse con el sol que se ponía; por fin, después de largas y acaloradas disputas, se convino en que era inútil ocultar la carta al obispo, puesto que más tarde podría recibir otra, y sólo se conseguiría retardar con ello el día de la coronación, pero no evitarla. Resolvióse también al mismo tiempo preparar las cosas de manera que el día mismo de la entrada del príncipe en Santiago, estallase la conjuración contra el futuro rey y el prelado, los cuales, una vez con buen recaudo, se pondrían a disposición de Doña Urraca.

Antigüedades

Tres siglos poco más o menos habían corrido desde la universal inundación de la tierra, y un anciano venerable daba todavía consejos a los hombres. Todos eran hijos suyos, y

todos contenían sus viciosas inclinaciones y refrenaban sus violentas pasiones, dóciles a la voz paternal del predilecto de Jehová, del libertador del género humano en la tremenda catástrofe con que la divina Justicia había querido escarmentar al hombre.

La frágil naturaleza humana, empero, con el corazón dañado, luchaba inútilmente contra las astutas pasiones, contra los temibles vicios que redoblaban sus ataques cada día con más frecuencia. Poco a poco se perdió la memoria de los consejos del virtuoso anciano, y se perdió también el amor y el temor al Omnipotente.

Los insensatos hijos de Noé descendieron a la planicie de Sennaar; cubrieron *la llanura de las aguas*, donde después se fundó Babilonia. Se habían multiplicado extraordinariamente: no había ya campos que les bastasen, y de acuerdo con la voluntad del Altísimo, debían separarse en colonias, dividirse en pueblos, y llenar los ámbitos de la tierra.

«¿Y qué, dijeron con arrogancia impía, no ha de quedar memoria a la posteridad del día de nuestra separación? ¿Habrán de perecer nuestro nombre en el sepulcro, como el de esos hombres que nada hacen para la gloria? Hagámonos inmortales; fabriquemos ladrillos cocidos al fuego, y uniéndolos con betún, levantemos una ciudad, y en medio una torre que se esconda en el cielo, una torre que veamos desde los confines del mundo, que resista a las llamas y a un segundo diluvio... Los hombres de todos los siglos verán la última obra del género humano reunido.»

« ¡Hagamos una torre que llegue al cielo!», clamó Nemrod, jefe de los impíos. «Quiero ir a visitar en su excelso trono al Dios de Noé». Los titanes empezaron entonces la guerra con los dioses, según las tradiciones de la mitología... Los hombres y las mujeres, como aseguran los orientales, trabajaron afanosos unos cuarenta años, día tras día, en aquella obra colosal; no descansaban para ver luego cumplidos sus locos intentos.

Ya tenía de altura 27.000 pasos, según el Jalkut de los judíos. Según otro de sus libros, tenía mil pasos por cada uno de los 70 ángeles que rodean el trono del Todopoderoso, mas según S. Jerónimo sólo tenía 5.000. Aun así era ya once veces más alta que la más alta pirámide de Egipto, once veces más alta que el mayor monumento conocido; sin embargo, ¡cuánto no les faltaba todavía para escalar el cielo y ver a Dios en su trono!

«He aquí un pueblo -dijo el Señor-, empeñado en la inútil obra de criminal soberbia; obstinado en llevar a cabo un imposible, y olvidado enteramente de mis leyes...». « Que su lengua se confunda, y no entienda cada uno las palabras de su prójimo». Dijo, y cada uno habló y no fue entendido.

A un momento de silencioso espanto sucedieron crueles horas de terrible algazara, de desesperada confusión. Pocos habían conservado el idioma de sus padres; los más tenían diverso lenguaje. Fue necesario suspender la torre maldecida, y diseminarse por la tierra, juntos los que hablaban del mismo modo. Desde entonces un solo pueblo, esparcido por el mundo, produjo diversos pueblos.

Babilonia era la corte más poderosa del orbe. Con 24 leguas de recinto, con muros de 200 codos, en que podían pasear cuatro carros a la par: con cien puertas de bronce, con jardines voluptuosos y un río del paraíso para dividirla en dos ricas mitades, era la

maravilla del Oriente; pero dentro, en medio de una de sus mitades, tenía una maravilla de más precio para la historia del hombre: el templo de Bel o Baal, la torre de Babel.

«Sus puertas son de bronce -dice Herodoto-. Forma un cuadro de dos estadios. En medio se eleva una torre que tiene un estadio de diámetro y otro tanto de altura (600 pies). Sobre ella se levanta otra, y sobre la segunda una tercera hasta ocho. Se sube a cada torre por una serie de ramplas exteriores, en cada una de las cuales hay asientos para descanso del que sube. En la última torre se halla un lecho magnífico, y junto al lecho una mesa de oro.»

En ese templo había inmensos tesoros, que los Reyes de Persia codiciaban. Uno de ellos, Jerjes, consiguió robarlos a viva fuerza, descalabrando la gigante torre. Los tiempos trabajaron de consuno con Jerjes y les ayudaron los hombres, peores que los tiempos para destruir; los hombres siempre amigos de humillar las generaciones pasadas, ya deslustrando sus hechos, ya convirtiendo en despreciables escombros lo que ellas había hecho suntuoso monumento.

Alejandro el Grande triunfó en Babilonia, vio las ruinas de Baal, y en alguno de sus insanas orgías, dijo: «Alejandro hoy puede más que el Nemrod de vuestros abuelos: lo que no han logrado los hombres reunidos, lo han de conseguir por vida mía los valientes de mi ejército. Yo veré al Dios de Noé en su trono, y lo arrojaré de él como a tantos otros Reyes... Empezad ya a remover esos escombros».

En vano habló. Los judíos no quieren que se toque a las sagradas ruinas; su resistencia es invencible. Los soldados de Alejandro han ensordecido también a la voz del vencedor del mundo. ¡Cómo dejar los placeres de Babilonia por pesados y humildes trabajos dirigidos sólo a satisfacer una loca vanidad! Dios por otra parte había oído al blasfemo, y lo entregó a la muerte.

Desde aquel tiempo nadie pensó en levantar el templo de Bel. Había sonado la hora última de la orgullosa Babilonia. El río del Paraíso fue obligado por el hombre a seguir otro camino, y a dejar en seco el anchuroso cuadro abierto para él en medio de la ciudad. ¡Adiós muros, jardines, palacios y torres! ¡Adiós Babilonia! Ha desaparecido de la faz de la tierra, como las fantásticas creaciones de los ensueños al despertar.

La torre de Babel ha quedado solo en la historia, como tantas otras maravillas del tiempo que pasó, que unas veces sirven de risa a los incrédulos, otras de tormento a los sabios ocupados en recorrer los siglos que fueron. Quedó también entre las tribus del árabe errante, y en las aisladas poblaciones que bordean por aquella parte el Eúfrates un nombre tradicional; el de *Bers-Nemrod*, burgo de Nemrod; el de ruinas de Babyl.

«Las ruinas de Babel existen», dijeron a una voz, hace doscientos años, muchos cristianos que volvían del Asia a Europa libres del cautiverio. «Las cercanías de Bagdad darán testimonio de nuestras palabras».

Pero los hombres no dieron fe a sus palabras, porque entre los hombres no basta decir verdad, es preciso hacérsela palpar, y aun entonces queda un sinnúmero de incrédulos.

La verdad es fuego escondido entre leña verde; hasta que hay hoguera no se ve el fuego, y no hay hoguera hasta que el tiempo seca la leña en que el fuego ha de cebarse. El fuego está ya escondido, no debe tardar en encenderse la hoguera; entonces desvaneceránse las tinieblas, y la incredulidad quedará confundida.

¿No veis a aquel joven europeo, montado en un caballo árabe, negro como el ébano, y veloz como el relámpago, y en pos del cual cabalga otro joven con abultada cartera pendiente del hombro, y mas atrás media docena de árabes con turbantes color rojo de Andrinópolis, albornoces blancos y alfanjes de damasco en su diestra?

Es Pietro de la Valle, el célebre italiano que destinó sus años y sus riquezas a viajar por el Asia. El otro joven que le sigue, su pintor; lleva en la cartera los preciosos dibujos de cuanto hay digno del arte en Oriente. Vuelven de las ruinas de la torre; oídes.

«En medio de vasta llanura, a una media milla del Eúfrates, que corre aquí hacia Occidente, se levanta sobre la tierra una gran masa de fábrica arruinada, que tiene el aspecto de una montaña. Forma un cuadrado terminado en torre o pirámide, cuyo circuito medido lo más aproximadamente posible es de 1.134 pasos. Sus dimensiones, su sitio, su forma, todo se refiere exactamente a lo que Strabon llama sepulcro de Belus, y que debe ser el monumento designado con el nombre de Torre de Nemrod, de Babel o Babyl, como los habitantes de este país le llaman todavía. Su elevación sobre el suelo varía mucho; pero es, aun en las partes más bajas, mayor que los más altos palacios de Nápoles. Tiene una vista informe como la de todas las ruinas, con grandes desigualdades: ora se ven ásperos repechos, suaves pendientes, que se pueden subir fácilmente, ora los profundos y sinuosos cauces abiertos por las aguas de las lluvias. No se encuentra la menor traza de escaleras ni de puertas, lo que confirma la opinión de que se subía por ramplas exteriores, que como partes débiles del edificio, debieron arruinarse las primeras [...]. Son los materiales de su construcción de lo más curioso del mundo; consisten en ladrillos grandes y gruesos, secos solamente al sol, y cimentados con cierta clase de tierra; algunos están cocidos al fuego. Para mayor solidez, de distancia en distancia, están mezcladas con la tierra capas de cañas picadas o de paja. No me queda duda que esta es la antigua Babel, la torre de Nemrod, a quien Josefo y Eustichio llaman Rey de los hijos de Noé, en el tiempo en que se dispersaron por el mundo».

Lo mismo ha visto, poco más o menos, el inglés Rich en 1813, y si todavía queréis mayores confirmaciones, acompañad a Sir Ker Porter; salid con él de Bagdad, y veinte leguas más al mediodía hallaréis las ruinas de la loca obra de los *titanes*.

El murmullo armonioso del *río de la fertilidad* se oye a lo lejos. Los bosquecillos de plátanos halagan de trecho en trecho al viajero con su deleitosa frescura, pero tal vez el tigre oculto en la frondosa copa espía el momento de lanzarse sobre su presa. Los sauces de Babilonia, siempre llorando la desgraciada suerte de la corte de Semíramis, aparecen aquí y allí cargados de dolorosos recuerdos.

«¡Mirad!», gritan los guías, y una colina de erguida cumbre se presenta a los ojos ansiosos en medio de la llanura sin límites. Esa llanura es la planicie de Sennaar; esa colina es la torre de Babel, el monumento de la dispersión de la familia de Noé, cuando le plugo a Dios de una familia formar naciones.

Gritan los árabes; gritan y silban con todas sus fuerzas. Los leones del desierto, al oír esos gritos, descienden con majestuoso paso de en medio de las ruinas, en donde se calentaban al sol, como los perros del pastor al pie de la cabaña. Dijera Pitágoras al verlos, que eran almas de los impíos vasallos de Nemrod, destinadas a perpetua centinela de su torre.

Estamos al pie de ella. Su base oblonga tiene 1.280 pies. Alzase al Oeste en forma casi piramidal, y se distinguen todavía tres de los ocho tramos de que habla Herodoto. Están unidos sus débiles materiales por cimiento tan fuerte, que es imposible desprender el menor fragmento, un solo ladrillo para copiar las inscripciones que todos tienen en su cara inferior.

Veinte y dos siglos han pasado desde Herodoto hasta Sir Ker Porter. Herodoto no ha sido desmentido. El templo de Belo, que él describe, es la torre de Babyl de Pietro de la Valle; la torre de Babyl las ruinas imponentes que al mediodía de Bagdad forman una montaña.

Poesía

Sal de mi corazón, hondo secreto
del amor que mi pecho despedaza:
rompe una vez la bárbara mordaza
que me impuso tiránico el respeto.

El profundo desdén osado reto
con que el ángel que adoro me amenaza,
siguiendo el rumbo que el deber me traza
a más fiero martirio me sujeto.

Hundí en silencio mi osadía loca;
callé por no estrellar amor tamaño
contra un impío corazón de roca;

Mas hoy que se conjuran en mi daño
negros celos también, sal de mi boca,
sal a ver si me mata un desengaño.

A Jesús crucificado

I

Ni sol, ni luz: oscuridad y espanto
cubren la faz del consternado mundo;
y el ancha tierra, en rebramar profundo,
con terremoto cruje aterrador.
Su misterioso velo rasga el templo:

arroja sus cadáveres la tumba;
y por el aire tenebroso zumba
de sombras mil fatídico clamor.

Desgánanse los árboles añosos;
y las rocas durísimas se hienden:
y su carrera rápida suspenden
estrellas mil y mil, muerta su luz.
¿Será que el orbe se desquicie entero?
¿Torna al lóbrego caos la natura?
-¡No! que muerte al Señor le da su hechura:
¡muerte a su Dios en afrentosa cruz!

En torno del patíbulo rugiendo.
Vedlos allí, del Golgotha en la cumbre;
insultando su blanda mansedumbre,
cubriéndole de befa y de baldón.
¿Estás desamparado, Jesús mío?
¿Elevas ¡ay! los moribundos ojos?...
¿Qué pides al Señor en tus enojos?...
«¡Perdón para los míseros, perdón!».

¡Sacrílegos! tened la horrenda mano
armada contra el Dios omnipotente;
temblad que arrugue la serena frente
y desaparezca el mundo pecador.
Esos cárdenos labios ultrajados,
que el polvo vil de vuestros pies afea
dijeron a la nada: *el orbe sea,*
y la nada fue el orbe encantador.

¿A taladrar os atrevéis las plantas
engendradoras del crujiente trueno
que turban de los ángeles el seno
cuando miden la vaga inmensidad?
¿En su rostro ponéis la cruda mano?
¡Frágil cetro le dais ignominioso;
y en su trono magnífico y lumbroso
anonada su augusta majestad!

Insano pueblo, de tu Dios verdugo,
¿no pisaste del mar las hondas grutas,
al raudal soplo del Señor enjutas,
palpitando de miedo el corazón?
¿Y las domadas olas no bramaban
en montes dividiéndose de espuma?

¿Quién las contuvo, di, cual leve pluma,
y encima las soltó de Faraón?

¿Y quién fue tu caudillo en las batallas?
Bajo sus anchas alas encubierto,
¿quién te condujo, quién, por el desierto,
derramando en tus labios el maná?
¿Al verle por tu amor manso cordero
tu ingratitud le desconoce y niega?...
¡Ay, si un día les ves que airado llega,
cual león tremebundo de Juda!

II

¿Quién te puso, Jesús mío,
esa corona de abrojos,
sin que tus augustos ojos
helaran su brazo impío?

¿Quién te robó la color
de las rosadas mejillas?
¿Quién tus sagradas rodillas
descarnó con tal horror?

¿Fue el pueblo que regalabas
con blanda mano amoroso,
y, cual padre cariñoso,
por su bien te desvelabas?

¿Fue la viña que plantaste,
frondosa, lozana y pura,
y con llanto de ternura
siglos y siglos regaste?

¿Fue la adúltera Sión,
que moraba entre tus brazos,
la que te arranca a pedazos
la vida sin compasión?

¡Ay, cuanto más te atormenta
es tu cariño mayor;
una palabra de amor
desvanecerá su afrenta!

En tu ardiente caridad

mueres con dulce consuelo;
porque las puertas del cielo
abres a la humanidad.

Haces que a Luzbel asombre,
y que, tras sueño de muerte,
en tu regazo despierte
para ser eterno el hombre.

Mueres en expiación
de los crímenes del mundo;
y él, más y más furibundo,
¡te destroza el corazón!...

III

Justo Dios, vengador, del diluvio,
Dios de fuego en la infanda Sodoma,
¿cuándo, cuándo tu cólera asoma;
cuándo sorbe a la ingrata Sión?
¿No cercaste el Edem de querubes
que vibraban flamígero acero?
¿Quién dio muerte al profano boyero?
¿Quién la diera a Natán y Abirón?

Levantaos, león adormido;
sacudid la erizada melena,
y lanzad el rugido que atruena,
y estremece del hondo a Salén.
Ese pueblo de entrañas de acero
desdeñó tu filial mansedumbre...
¡Vea, pues, la terrífica lumbre
de tus ojos airados también!

¡Que desborde tu justa venganza,
cual torrente de lava inflamado;
y derribe, y devore al malvado,
que su frente elevó contra ti!
¡Viva el justo no más en la tierra!
¡Pero, no!... no, mi Dios ¡Ten clemencia!
Todo el orbe firmó tu sentencia...
¡ay! ¡qué fuera del mundo y de mí!

Recuerdos históricos

El castillo de Marcilla

El limitado y turbulento reino de Navarra, situado en medio de dos grandes naciones que rivalizaban en ambición y poderío, como un hueso descarnado en medio de dos hambrientos canes, que aguardan un momento de distracción del contrario para tirarse a devorarlo, según el enérgico emblema del malogrado Príncipe de Viana; la patria gloriosa de los Aristas, Sanchos y de Carlos *el noble*, estaba dominada por el ambicioso y prepotente Fernando V de Castilla y Aragón, que pudo añadir a su escudo las cadenas de Navarra, pero no arrancarle sus fueros y libertades, innatos en este país. La hipocresía le condujo a su conquista, la inveterada discordia le allanó el camino, la traición le abrió las puertas.

Más de un siglo había que la guerra civil, ora bravía y tormentosa como el huracán, ora sorda como el aire pestilente, asolaba sus montañas y despoblaba sus valles: expulsado el último infortunado monarca D. Juan III, gimiendo en los calabozos de Atienza el mariscal de Navarra con la flor de la nobleza, que prefirió a la traición las cárceles y la muerte; todavía no estaban seguros los nuevos dueños de la conservación de su presa, y todo lo temían del ánimo resuelto y de la altivez de los vencidos. ¡Como si la tenacidad de la desgracia no amortiguase tan claros y nobles sentimientos!

Tiempo hacía que el cardenal Jiménez de Cisneros aconsejaba al monarca castellano, con cruel y suspicaz política, la demolición de todas las fortalezas y castillos del recién conquistado reino, pero Fernando, más piadoso o menos arrojado que su ministro, murió sin consentir en este proyecto. Bien sabía, sin embargo, que al nombrar al cardenal por gobernador de Castilla y de Navarra para después de su muerte, firmaba también el repugnado derribo de las plazas de este último; y por eso vaciló tanto tiempo en su nombramiento: venció por fin en el corazón del moribundo el ascendiente que sobre él tenía la confianza que le inspiraban la sabiduría y sagacidad de Jiménez de Cisneros.

Los temores del monarca se realizaron en el mismo año en que murió. Apoderado el cardenal de las riendas del gobierno en 1516, expidió al punto la citada orden que comprendía por desgracia a todas las ciudades y villas de Navarra, pues revuelto su seno con interminables luchas intestinas, todas ellas estaban fortalecidas.

¡Y aun poco le parecía tamaño rigor al inflexible cardenal, que meditaba el poblar la Andalucía con los infelices montañeses arrancándolos de sus hogares; de aquellos hogares que ni las plantas de Augusto que pasearon triunfantes todo el orbe pudieron contaminar! Sin duda se acordó el cardenal, al desistir de estotro pensamiento, de la suavidad que le prescribían su profesión y ministerio, o conoció en su profunda política, que no es la excesiva rigidez la que conserva los pueblos recién conquistados a la devoción del nuevo poseedor.

Para llevar a cabo la primera y atrevida resolución, contaba el gobernador con un hombre cuyo corazón encallecido en la aspereza de los combates, era insensible a las lágrimas, sordo a los lamentos y gemidos. Era este el coronel Hernando de Villalva, natural de

Plasencia, hombre de genio feroz, y distinguido en la conquista de Navarra por el encarnizamiento con que perseguía al enemigo, que mil veces le cegaba para conseguir el lauro de la victoria, o cuando menos lo afeaba con la sangre inútil de que estaba salpicado.

Era uno de los que más azuzaron al gobernador para la devastación de la presa adquirida; como quiera que se hallase violento en el descanso y dulzuras de la paz.

Quince días bastaron a este tigre para cubrir de escombros y cenizas a todo Navarra; y era su marcha más rápida y desastrosa que la de la hoguera, que derrama el huracán por bosques y sembrados. Los moradores veían atónitos y rechinando de cólera y furor caer aquellos gloriosos muros, donde tantas veces se estrellaron el orgullo y altivez de sus innumerables enemigos; pero sin jefes, desarmados, enervado su valor antiguo, nadie se atrevía a levantar una voz que contuviese aquel torrente devastador: sólo una mujer recordando los días de Débora y de Judit pudo detenerle en medio de su arrebatado curso.

Doña Ana de Velasco, marquesa de Falces, moraba entonces su palacio de Marcilla, el más hermoso por su situación topográfica de todos los de Navarra. Al margen del río Aragón, y no lejos también del Arga, se elevaba ufano con sus cuatro torres que guarnecían los flancos de la muralla coronado de robustas almenas. Ancho y profundo foso, sobre el que se alzaba el puente levadizo, defendía su entrada; y gruesos machones, sobre los cuales descansaban águilas de piedra, le aseguraban contra los embates insensibles del tiempo. Dominaba una extensa llanura poblada de sotos, viñas y olivares, y a su sombra dormía tranquilo el pueblo de Marcilla.

Esperaba la marquesa, resuelta y gallardamente determinada la aproximación del exterminador Villalva, que llevado de su natural barbarie no se contentaba simplemente con demoler los muros, si no incendiaba las aldeas, campos y cabañas indefensas. Ella misma, gallardamente vestida, cubierta de brocado de oro y pedrería, salió a recibir al coronel. Ella misma le condujo a su alcázar, aunque sin permitir que le acompañasen sus satélites inhumanos.

Un espléndido banquete esperaba al asombrado Villalva, que creía soñar al ver tan inesperado y magnífico recibimiento. Dejóse en fin obsequiar, y concluido el banquete no sabía cómo intimar a la marquesa la orden que traía, cuando esta le sacó de apuros diciéndole.

-¿Y cuál es el motivo que me proporciona el gusto de tener en mi castillo al muy valeroso caballero Don Hernando de Villalva?

El rudo soldado, menos avezado al trato cortesano que a la aspereza de las armas, la respondió bruscamente.

-No creo ignoréis las órdenes del gobernador de Castilla y de Navarra; ni quién sea el encargado de ejecutarlas.

-Lo sé muy bien, replicó la señora, pero os quiero evitar el ser ingrato con la casa que os ha dado hospitalidad. Volved: decid al cardenal que más debe contar con la fidelidad de los navarros que con su opresión.

-Marquesa, esas cosas serán buenas para después: yo no puedo menos de llevar adelante lo que se me ha encomendado, y lo único que os concedo en atención al bizarro recibimiento que me habéis hecho es que salgáis cuanto antes con vuestros criados y alhajas, para que no perezcáis entre las ruinas.

-Y lo único que os concedo, hombre brutal, respondió con energía la marquesa, lo único que os concedo es la vida; porque no quiero manchar mis manos con vuestra impura sangre.

¡A las armas!, añadió gritando: ¡a las armas, mis vasallos!

El coronel salió apresuradamente del castillo.

Un momento después estaban coronadas sus almenas de denodados defensores, la puentealzada y los ballesteros colocados en las saeteras de las torres. Doña Ana había provisto su palacio de antemano de gente, armas, municiones y vituallas. Asombrados los vándalos de tan arrojado valor e imprevista determinación, huyeron a ocultar su vergüenza entre el humo y polvo de otros lugares incendiados.

Aún existe hoy en día orgulloso el palacio de Marcilla, con sus torres y su profundo foso, con sus águilas y sus almenas; el único que pudo salvarse de aquella devastación aún existe como una columna de honor que atestigua el heroísmo y las glorias de su bizarra y heroica defensora.

Y ¡cosa singular!, al año siguiente murieron el cardenal Jiménez y el bárbaro Villalva: aquel menospreciado y abatido y este desastrosamente envenenado.

Cuando las naciones no pueden vengarse de sus tiranos, hay un Dios justo que no las deja sin venganza.

Telégrafos españoles

Mr. Briffault nos revela en un artículo publicado en el *Tiempo* el estado actual de los telégrafos en Francia: explica ligeramente su mecanismo y organización, y se lamenta por último de que la nación inventora del telégrafo no le posea sino a medias, teniendo que sufrir todavía frecuentes interrupciones en sus despachos cuando los sorprende la noche, cuyas tinieblas oponen un obstáculo insuperable a la comunicación de los telégrafos franceses. Dicho artículo nos confirma en la idea que teníamos formada de la superioridad del telégrafo español, e interesados en el honor de nuestra patria, no queremos renunciar a la satisfacción de publicar sus glorias, demostrando las ventajas que en este ramo podemos llevar a nuestros vecinos: ventajas tanto más apreciables, cuanto si las artes florecen en España todo se lo deben a sí mismas, y nada de ordinario a las leyes, que proteger debieran su cultivo.

Desde muy antiguo conocieron los hombres la conveniencia de comunicarse prontamente aquellos sucesos, de los cuales estaba pendiente el éxito de una batalla, y la suerte de una nación, y que, sabidos anticipadamente, suelen precaver tantas desgracias. Hogueras por

la noche, humaredas y pendones de este o de aquel color durante el día, eran, por lo general, las señales convencionales, cuya aparición significaba aquel acontecimiento que se esperaba o temía. En los pueblos amenazados por enemigos fronterizos, se establecieron *atalayas*, o torres situadas en lugares eminentes, para que desde allí descubriesen más campo los vigías y centinelas, y también para su seguridad y defensa.

Llenas están nuestras costas del mediterráneo de estas atalayas que tantas veces alarmaron a los asustados pueblos del mediodía, cuando tan atrevidos y crueles andaban los piratas africanos. He aquí cómo pinta Góngora en un bellissimo romance, el movimiento de estas señales que precedieron a una alarma, en las cercanías de Orán.

Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos a las campanas;
Y ellas al enamorado &c

Estos medios de comunicación, rápidos y sencillos a la verdad, tuvieron que abandonarse cuando el peligro no fue tan inminente, por la poca variedad de sus señales y corto número de cosas significadas; y en algunos puntos se sustituyeron por rudos e informes telégrafos de cuatro aspas, cuyas diversas posiciones correspondían a cada una de las letras del alfabeto. Con este método se escribían clara y distintamente todo género de cosas, pero su lentitud o pesadez, por mejor decir, hacía inútil un instrumento del que se exige indispensablemente la velocidad en transmitir las comunicaciones, si de él se ha de hacer uso.

En este estado de insignificante nulidad se hallaba el arte telegráfico, cuando la Francia de 1792, que admitía cuantos proyectos tendiesen a sostenerla en aquel violento estado a que le arrastró su ciego frenesí, necesitando alimentar la ansiosa curiosidad con que se esperaban los grandes trastornos, y dar un mismo impulso a los numerosos ejércitos que sostenía derramados en las fronteras; acogió con predilección, y planteó con actividad el de las líneas telegráficas. Los hermanos Chappe inventaron un sistema amplio y bien ordenado, el primero que fue digno de este nombre. Elevaron la telegrafía a la consideración de una ciencia, y pueden por lo tanto llamarse sus inventores. Monsieur Flocon la ha perfeccionado después, y en el año 1833 recibieron un nuevo impulso los telégrafos de Francia, con el bien meditado reglamento que les dio el ministro del Interior, conde d'Argout.

Hasta el de 1831 no vimos en España una línea telegráfica regularmente organizada. En el mes de abril de aquel año se estableció por orden del rey D. Fernando VII la de Madrid a Aranjuez, que constaba de cuatro puestos, y en el siguiente, la de aquella al real Sitio de S. Ildefonso que tenía uno más. El teniente de navío D. Juan José Lerena, fue nombrado su director, y bajo un sistema de su invención, del que hablaremos luego, trabajaron hasta el año de 1835, en que la guerra civil, que todo lo devoraba, absorbió también los telégrafos de los Sitios.

Un ilustre y malogrado general en jefe del ejército del norte quiso regularizar aquella lucha, más durable y sangrienta, cuanto menos sujeta a los planes militares de operaciones. Trazó el suyo, que encerraba a los rebeldes en sus más ásperas y estériles montañas; y entonces se crearon las líneas de bloqueo, para cuya rápida, exacta y segura comunicación, no creyó el general Córdoba encontrar un medio más eficaz que el de los telégrafos. En efecto, no le había. Pero el método del Sr. Lerena, que consistía en la combinación de cuatro signos representados por cuatro mamparas pintadas de negro y blanco, si bien sencillo cuanto cabe, no podía satisfacer por su lentitud y rudeza la rapidez necesaria para las comunicaciones de campaña. Mucho menos los que existían de Vitoria a Miranda; porque usando sólo de signos alfabéticos no eran a la verdad tolerables después de la invención de Mr. Chappe. Fue, pues, necesario a D. Manuel Santacruz, nombrado director de la nueva línea que se iba a establecer de Vitoria a Pamplona, siguiendo la margen del Ebro, crear un nuevo sistema que sin perder de vista la claridad de las señales, la sencillez de la máquina, abarcase mayor número de combinaciones, y tuviese más ligereza y facilidad en su ejecución. Ni cesaron aquí los desvelos del Sr. Santacruz. «Proporcionar a la telegrafía -dice Mr. Briffault-, medios eficaces para que la noche no interceptase sus comunicaciones, es doblar su acción. La meteorología nos enseña que hay un gran número de noches en que la atmósfera está más transparente y limpia que de día. Entonces son nulos los fenómenos de la visión; los vapores condensados apenas se elevan algunos pies sobre la tierra, y aun así, desaparecen una o dos horas después de puesto el sol... Las chimeneas de nuestras habitaciones o fábricas no arrojan humo por la noche, y a días lluviosos suceden frecuentemente noches estrelladas, de manera que fuera de alguna que otra circunstancia muy rara, será más fácil transmitir un despacho urgente en las tinieblas que a la luz del día».

Estas consideraciones tan exactas como notorias, movieron al Sr. Santacruz a idear un medio de comunicarse de noche, y no tardó mucho tiempo en conseguirlo. Nacionales y extranjeros vieron con admiración, los últimos en especial, la seguridad y prontitud con que pasaban en la noche más lóbrega con tal que la atmósfera estuviese despejada, los partes más largos, en los que a veces se empleaba toda ella: y el ejército nacional supo apreciar debidamente los servicios prestados por una línea de 15 telégrafos, que en cuatro años de existencia transmitió más de 2.136 partes de la mayor importancia, sin contar con otra multitud de avisos particulares, y comunicaciones reglamentarias.

Y no se crea que para conseguir la telegrafía por la noche hubo necesidad de alterar y complicar el aparato existente; cinco faroles bastaron para la realización de este pensamiento que los extranjeros codician todavía.

Actualmente los telégrafos, inútiles en aquellos puntos por la feliz conclusión de la guerra civil; se hallan en el estado más deplorable. Parece que la prosperidad del arte telegráfico está como vinculada en las revoluciones y trastornos; pero no es así. Un político profundo decía que sin los telégrafos es imposible gobernar. Sabemos que se está tratando de establecer una línea telegráfica de Madrid a Irún, siguiendo la dirección del nuevo camino real, que debe pasar por Guadalajara y Soria. Pero atendida la escasez de recursos con que tienen que luchar nuestros gobernantes, es de temer que tan feliz proyecto no pueda verificarse. Acaso sería conducente ensayar el establecimiento de los telégrafos por empresas particulares, si bien no desconocemos los grandes argumentos que a ello

podrían oponerse. ¡Vergonzoso fuera que poseyendo un sistema telegráfico, que tanto honra a la nación española; le dejemos hundir en la anchurosa tumba, donde yacen tantos inventos útiles, que después resucitan al soplo de los extranjeros!

La palabra telegrafía está compuesta de dos griegas *Telon* que significa *el fin* y *graphy* escritura. Es, pues, según su etimología, el arte de escribir para comunicarse de lejos. Los signos empleados en esta escritura son *jeroglíficos*, que significan uno o más sucesos enteros; *frásicos*, que comprenden una o más frases; *verbales*, que expresan una sola palabra; *numéricos*, que indican en qué parte del diccionario telegráfico se halla lo que quieren decir; y *alfabéticos* que representan una letra.

Por lo dicho se infiere que la telegrafía, tiene dos partes, una material, que prescribe el modo de hacer los signos en el aparato; y otra científica, que enseña el modo de mandarlos ejecutar para comunicarse con otro telégrafo, según el sistema o medios de que se valga. Para la perfección de estos sistemas se requieren dos indispensables circunstancias: 1.^a claridad en los signos, para que no se confundan con otros por la distancia; claridad también y precisión en las cosas por ellos significadas; y 2.^a rapidez, que exige facilidad en poder mudar las señales, sencillez en la máquina que a esto se destine, y abundancia de combinaciones, para que haya más cosas expresadas jeroglífica, frásica y verbalmente sin recurrir jamás a los signos alfabéticos, que son los que entorpecen las comunicaciones.

En abono de la simplicidad del telégrafo español, sin detenernos en una prolija y fastidiosa explicación de su mecanismo, no podemos decir más, sino que una sola persona puede hacer dos signos diversos, y a un mismo tiempo, en dos segundos; pues que no tiene más que dar vueltas a dos cilindros con poquísima fuerza.

El telégrafo francés ha menester cuatro segundos para esta operación. Es tan sencilla esta maniobra en el primero, que el hombre más rudo se encuentra en disposición de comprender y ejecutar los signos a los tres o cuatro días de instrucción, y al cabo de un mes posee ya la práctica necesaria. Esto se vio palpablemente en la línea establecida en el norte, cuyos operarios eran soldados inútiles para el servicio, y que continuamente se estaban removiendo de su destino, sin que ni por la escasez de brazos, ni por su frecuente reposición, enmudeciese jamás el telégrafo de campaña.

Excédele este además en el número de combinaciones. Por confesión de Mr. Briffault comprende el de su país 8.646 y el del Sr. Santacruz, sin hacer uso más que de cuatro signos, alcanza a 32.450.

Es necesario también hacer mérito de la distancia a que se pueden colocar unos de otros los puntos telegráficos. Porque cada telégrafo detiene algo la comunicación, y porque cuantos menos puntos tenga esta que atravesar, más pronto llegará al término de su dirección. La supresión de uno de estos puestos, además de ahorrar tiempo, disminuye considerablemente los gastos de construcción y de empleados, y si se exceptúa el poder comunicarse de noche, esta es la mayor ventaja de nuestro sistema. En la distancia a que pueden colocarse los telégrafos influye poderosamente su proyección: cuando esta es horizontal, esto es, cuando mirado el telégrafo desde sus inmediatos, campea su aparato en el cielo, la distancia puede ser mayor porque los signos se ven más claramente:

entonces los nuestros pueden apartarse unos de otros cinco o seis leguas. Cuando la proyección es sombría porque el telégrafo se destaca contra la tierra, puede colocarse y jugar a más de dos leguas y media de distancia, a la cual se halla el de la villa de Laguardia en Álava, mirado desde Logroño; aunque proyecta sobre una roca con diferentes huecos y variedad de colores, que perjudican mucho a la claridad. Ahora bien: el telégrafo francés únicamente en proyección horizontal, puede separarse poco más de legua y media francesas. La línea telegráfica de París a Bayona la forman 120 puestos, y distan estas dos ciudades 215 leguas una de otra.

Reconózcase, pues, de buena fe la superioridad de nuestro sistema telegráfico, y séanos lícito envanecernos por ello ya que desgraciadamente se nos presentan tan pocas ocasiones en materia de artes para lisonjear nuestro amor propio nacional, y levantemos nuestra humilde voz para que el gobierno tienda una mano protectora a este establecimiento, que después de sus importantes servicios va expirando lentamente, y por consunción. Un hombre activo y emprendedor pudiera reanimarle de un modo tal que le convirtiese en una fuente de riqueza para el estado, tan productiva acaso como el ramo de correos.

Leyendas nacionales

La muerte de César Borjia

En la noche del jueves 11 de marzo de 1507 estalló en Viana, villa entonces, y ciudad ahora del reino de Navarra, una furiosa tormenta. Los negros nubarrones que encapotaban el cielo hacían completa la lobreguez de la noche, y sólo a la súbita y momentánea luz de los relámpagos podía distinguirse sobre la robusta torre de la iglesia de S. Pedro el estandarte real, juguete de los vientos, que sin piedad le desgarraban. Tan calamitosos y revueltos eran aquellos tiempos; tan erguidas andaban la rebeldía y ambición particulares, que necesaria era esta señal de dominación para conocer si un pueblo situado dentro de los límites de la monarquía vasca obedecía, o no, a sus reyes D. Juan III y Doña Catalina. En el caso presente hasta las apariencias nos engañaban.

Cierto es que aquella noche albergaban los muros de Viana nada menos que a la primera de las dos augustas personas, acompañada de un ejército demasiado numeroso para guarnición de la villa; pero el punto más interesante de esta, el castillo, situado dentro de sus mismas murallas y en el extremo oriental, estaba muy lejos de reconocerle por dueño y señor. A la bandera del monarca, donde se veían pintadas las famosas cadenas y esmeralda de Navarra, oponíase sobre las almenas de aquel otra bandera con una roca, castillo y escala, escudo de armas del conde de Lerín, condestable del reino, y rebelado contra D. Juan. Vasallo era el conde tan poderoso, que a veces hacía sombra a la majestad, y tan turbulento y descontentadizo, que ni los halagos y humillaciones, ni las amenazas y rigores de esta, podían contenerle mucho tiempo en tranquila obediencia y pacífica posesión de sus estados.

En la época de nuestra historia tan de cerca le hostigaba el rey, y de una manera tan cruda y vigorosa, que parecía impropia de su mansa y apacible condición. Ya no quedaban a

aquel vasallo, que tenía humos de soberano, más plazas que las de Larraga, Lerín, y el castillo de Viana, que parecía próximo a sucumbir ante el ejército realista, tan numeroso y mandado por el capitán más grande de su siglo, a no haber existido en él Gonzalo Fernández de Córdoba: por el célebre CÉSAR BORJA.

César fue lanzado al mundo como un anatema, por medio del más horrendo sacrilegio. Entró muy joven en el gremio de los pastores de Jesucristo, recibiendo el Capelo, y la investidura de los obispados de Valencia y de Pamplona. Como no era hijo de matrimonio, valióse para legitimar su nacimiento, circunstancia indispensable para aquella dignidad, de una horrible farsa que autorizó su padre el Sumo Pontífice Alejandro VI. Torpemente enamorado de su hermana Lucrecia, mandó asesinar a su marido; y abrasado de celos al ver a su hermano D. Juan Borja, duque de Gandía, algo cariñoso con la misma Lucrecia apostó asesinos para que le matasen en el puente del Tiber y le tirasen al río. Esta muerte hizo recaer en César todos los estados de su familia; y dueño del ducado de Gandía, renunció en público consistorio sus dignidades y órdenes eclesiásticas con ánimo de casarse con una hija del rey de Nápoles. Para que favoreciese sus amorosas pretensiones llevó un Capelo al obispo de Septa; pero no habiendo tenido aquellas feliz resultado, envenenó por despecho al desgraciado obispo, y se desposó con Doña Carlota, infanta de Navarra, hija de nuestro rey D. Juan III. Su padre le nombró luego general de las armas pontificias, y el rey de Francia le dio el ducado de Valentinois. Afeó sus grandes hazañas militares con una crudeza y perversidad de corazón inauditas. Monstruo con apariencia de hombre y con entrañas de tigre, que no puede compararse con ninguno de aquella época, a no ser con su mismo secretario Machiavelo.

Poco antes de pasar a Navarra el duque de Valentinois, tenía preso el rey católico en el castillo de la Mota de Medina; pero escapándose de allí, se acogió a la protección de su suegro el monarca de Navarra. Puesto a la cabeza de las tropas reales hacia muy poco tiempo, estaba impaciente por exterminar la rebelión que tan mezquina gloria ofrecía al émulo del Gran Capitán.

Ni los sitiadores dejaban de seguir con obstinación el cerco del castillo; ni los sitiados, flacos y amarillos, devorados por el hambre y sed más rabiosas, que les obligaban a sustentarse de viles inmundicias, pensaban entregar su fortaleza; porque unos y otros eran navarros.

La tempestad agitaba con furor sus negras alas que entoldaban la inmensa concavidad del cielo. Persuadido César Borja de que nada tenía que temer de los exánimes sitiados; mandó retirar las centinelas que tenía alrededor del castillo. Tan deshecho era el temporal, que temió no se quedasen arrecidas o sofocadas.

En efecto; nada más que su constancia y sufrimiento podían oponer los bravos defensores; pero no sabía el duque que a tres horas de distancia, en la villa de Mendavia, velaba un hombre atrevido, inquieto por la suerte del castillo, y más aún por la de un hijo que dentro se encerraba. El conde de Lerín, quería salvar a su primogénito, gobernador de aquel alcázar, y los obstáculos del arte y de la naturaleza parecen débiles al amor paternal.

Así fue, que en medio de aquella recia borrasca, se vieron venir por las llanuras de Mendavia sesenta caballos a todo escape, cargados con sacos de harina y panes cocidos, y montados por intrépidos jinetes, que con grave y sereno rostro desafiaban la furia de los elementos. Antes de trepar la escarpada pendiente sobre la que está fundado el castillo por la parte exterior de la villa, detuvieron el paso a los fogosos caballos, y con el mayor silencio se apearon; y subiendo en hombros las vituallas, llegaron hasta una puerta falsa de la fortaleza, cuyo umbral se levanta algunas varas del suelo, para hacer más difícil su acceso.

El castillo de Viana forma un cuadrilongo cuyos lados mayores son los del Norte y Mediodía. En sus cuatro ángulos se elevaban otras tantas torres salientes, que defendían con sus flancos llenos de saeteras las cortinas de las murallas, coronadas de almenas, y terraplenadas hasta los adarves. En medio de esta explanada había (y existe aún) otro cuerpo de fortificación que se llamaba el alcázar; que consistía en un robustísimo torreón, de figura redonda, cuyos muros de piedra sillar tienen tres varas de grueso. Descollaba sobre toda la fortaleza, como el cedro del Líbano sobre los arbustos de los campos. Por la parte del Norte y Occidente, que miran a la ciudad, debió tener el castillo un grande foso y puente levadizo para defender la puerta principal; pero por la de Oriente y Mediodía no hubo necesidad de él a causa de lo escarpado del terreno. En este último lado estaba colocada la puertecilla falsa, a cuyo pie aguardaban los sesenta guerreros, que venían a socorrer a los sitiados. Echaron éstos una escala de mano, por la cual subió primero un anciano de pequeña estatura, pero de grandes y juveniles bríos: arriba le esperaba un joven no menos valiente, pero más extenuado por la falta de sueño y de alimento. Era el primero el conde de Lerín, y el segundo su hijo D. Luis de Beaumont. Abrazáronse; las tiernas palabras que mutuamente se dirigieron, se confundían con el trueno y el huracán; los soldados con el mayor silencio y apresuramiento subieron los víveres, no atreviéndose a resollar por temor de ser sentidos de los sitiadores, que en número tan excesivo pernoctaban en la contigua villa. Así que concluyeron su trabajo, y después de otro abrazo más tierno que el primero, entre el padre y el hijo, emprendieron su vuelta los sesenta de facción, calados de agua y enlodados hasta el yelmo. D. Luis de Beaumont los siguió algún tiempo con la vista; y perdidos luego en la oscuridad, cerró aquella puerta, que desde entonces se la llamó: *Puerta del socorro*.

La tempestad huyó con las tinieblas: la aurora presenciaba atónita los terribles desastres de aquella noche; y al silbido de los vientos sucedió el bramar de los torrentes, que enriquecidos con despojos brotaban de las mas áridas colinas. Las gentes del pueblo y los soldados del rey salían a los adarves de la villa, y vieron con sorpresa a los rebeldes que huían presurosos, y que satisfechos del buen éxito de su empresa, gritaban: «¡Beaumont! ¡Beaumont!».

César Borja oyó sus desaforadas voces, e informado de su origen, juró vengar aquella burla y ofensa hechas a su pericia militar. Mandó tocar alarma: vistió el arnés, ayudado de su criado Juanicot, que lo había sido del conde de Lerín, y bramando de cólera, no sufriendole su orgullo y su impaciencia el retardar un momento la venganza, salió antes que sus tropas estuviesen dispuestas. La tradición nos ha conservado el color de su caballo, que era rucio, y tenía la nariz hendida. Aún mas: cuentan que al salir por la puerta de la Solana, que ahora se llama de la Concepción, se le fueron las manos al

caballo, animal brioso y soberbio, hasta dar con la cabeza en el suelo, que por la lluvia estaba muy resbaladizo; y aquel hombre feroz, en vez de hacer mérito de tan aciaga circunstancia, que según nuestros abuelos, debía tenerla por de mal agüero, prorrumpió en una espantosa maldición; espoleó fuertemente al caballo, y ciego de rabia prosiguió su camino. Seguía el rey su suegro a poca distancia con más de mil caballos y triple infantería, y César iba diciendo con voz atronadora: «¿Dónde, dónde está ese condecillo? Que juro a Dios, hoy es el día en que lo tengo de matar o prender. ¡Y no he de parar hasta que enteramente quede destruido, sin perdonar la vida a ninguno de los suyos hasta los gatos y perros! Y blandiendo su gigantesca lanza de dos hierros, prosiguió: «Esperad, esperad, caballeros».

Así fue en seguimiento de los rebeldes hasta que llegaron éstos a un sitio llamado la *Barranca Salada*, que forma una pequeña hondura encharcada por las aguas de una fuentecilla salobre, y que divide la jurisdicción de Viana de la de Mendavia. Viendo el conde de Lerín que ninguno de los suyos se atrevía a hacer frente a aquel insultante y arrojado desconocido; les animó con estas palabras:

-«¿Es posible que no ha de haber alguno de los míos, que salga al encuentro de ese caballero?».

-«¡Yo!... dijeron a un tiempo tres hidalgos de sus guardias, Garcés, Pedro de Allo, y otro cuyo nombre no recuerdan ni la tradición ni la historia». No quisieron dejar el uno para el otro la gloria de acometer aquella empresa; y juntos fueron a encontrar a César en lo más hondo de la Barranca Salada. A pesar de ser el combate tan desigual, hízole durar mucho tiempo la destreza y el valor del duque, hasta que al tiempo de levantar el brazo para dar una lanzada a uno de ellos; Garcés le traspasó con la suya por la parte del lado que queda descubierta del arnés, al hacer aquel movimiento. Cayó muerto el famoso César Borja con tremendo golpe de lo alto de su caballo, el día 12 de marzo por la mañana del año 1507; pocos momentos después de haber pisado el territorio de la diócesis de Pamplona, de cuyo obispado había tomado posesión en tal día del año 1492. Circunstancia rara, que no dejan de notar nuestros cronistas: *manifestándose la mano justiciera de Dios, contra los que por intereses del mundo entran en el estado eclesiástico, y después retroceden con escándalo*, como dice el P. Aleson.

Los hidalgos que no le conocían, le despojaron de sus ricas armas y vestiduras, cubriendo tan sólo con una piedra lo que el pudor no les permitió dejar descubierto: y sumergido en un lodazal, y nadando en su propia sangre abandonaron el cadáver de aquel hombre, cuyos crímenes, bosquejados por nuestra pluma estremecida de horror, desvanecen la compasión que debía inspirarnos su miserable fin.

El primero que llegó tras de Borja fue Juanicot, que llevado prisionero ante el conde, por las sangrientas vestiduras que le mostraron dijo, que el muerto era su amo, y el de Lerín le despachó para que lo noticiase al rey.

Vino este poco después con su gente, y quedó atónito al saber tamaña desgracia. Hizo envolver el cuerpo de su yerno en un capote de grana, y con los ojos llorosos y el semblante mustio, tornóse a la villa llevando en pos de sí el cadáver de aquel hombre que tan soberbio había salido dos horas antes por el mismo sitio. En la iglesia parroquial de

Santa María de Viana después de celebrarle grandes y solemnes exequias, le mandó enterrar el monarca, construyéndole un magnífico sepulcro de mármol lleno de bajos relieves que representaban a varios reyes del antiguo testamento en ademán de llorar tan funesta desgracia. En la urna sepulcral se esculpió el siguiente epitafio, que nos ha conservado el famoso obispo de Mondoñedo D. Antonio de Guevara.

Aquí yace en poca tierra
el que toda le temía:
el que la paz y la guerra
en su mano las tenía.

O tú que vas a buscar
dignas cosas de loar,
si tú loas lo mas dino,
aquí pare tu camino,
no cures de más andar.

En el día no existen más que los restos de este grande monumento, empleados en el zócalo del altar mayor de dicha iglesia: y urna, cenizas, relieves, todo ha desaparecido; no quedando ni un solo vestigio de aquel monstruo de ambición, que tenía por lema en sus armas y monedas: *aut Caesar, aut nihil: o César, o nada;* pero en cambio queda el horror de sus crímenes en la memoria de los hombres y de la historia, cuyo severo fallo no podrá suavizarse, mientras la humanidad abrigue un sentimiento de su propia grandeza.